

JESUS R. ALDERETE

VIDAS AJENAS

(RELATOS)



Literatura

492

UNIVERSIDAD AUTONOMA DE
SAN LUIS POTOSI

MEXICO, 1965

La Universidad Autónoma de San Luis Potosí recoge en el presente volumen lo más representativo de la obra del profesor Jesús R. Alderete, dispersa hasta ayer en periódicos y revistas.

Por las páginas de este libro desfila ante nuestros ojos el mundo de los seres y las cosas vernáculos, trazados con líneas justas y vigorosas, desde los objetos familiares que en la penumbra integran una estampa —“Voces de la cocina”—, hasta los personajes desgarrados y desgarradores que en tonos de agua fuerte protagonizan un cuento cruel —“El Alabado”—.

Más que pasarse la vida buscando el alma de las cosas, nos parece que el autor estuvo siempre escapando de ellas para po-

VIDAS AJENAS
(Relatos)

JESUS R. ALDERETE

VIDAS AJENAS

(RELATOS)



UNIVERSIDAD AUTONOMA DE
S A N L U I S P O T O S I

M E X I C O , 1 9 6 5

Viñeta de Luis Chessal

Editorial Universitaria Potosina

MI PIANO

Los pobres nunca realizan sus ilusiones o las realizan demasiado tarde. De esto último, mi ejemplo es típico: hasta hace poco hice factible la de obtener un piano.

*

Es muy cierto, deseaba un piano; pero no un piano cualquiera ni mucho menos de medio uso, muy a pesar de que la tara social de la pobreza sólo permite soñar en cosas modestas: una guitarra, un arpa, hasta el límite un violín.

*

Si se ha de ser franco, la guitarra se ha

hecho arrabalera y prostituta en barberías y cantinas de medio pelo; el arpa que antaño fuera pulsada por manos helénicas, sólo es hoy instrumento de ciegos; el violín, ¡pobre violín!, es el mismísimo proceso de la tuberculosis.

*

No deseaba un piano vertical, porque un piano así, me parece estirado y anguloso. A ese respecto mi ideal es que los instrumentos tengan amplia caja armónica, como las buenas vacas lecheras amplio vientre.

*

Por eso el piano que he adquirido es un piano de "cola". Un piano de esa clase es todo un gran señor. Si se le mira de frente, nos sonríe con su dentadura blanca que salta de una encía de bemoles, y contemplamos su impecable levita de un negro de obsidiana; un poco le afean las patas gordas atacadas de elefantiasis, y los pedales, catalizadores de la armonía.

*

Ahora que lo contemplo de lado mi pia

no semeja un ave de épocas geológicas muy remotas. De todos modos, un piano de cola es siempre un **gentleman** listo a toda ceremonia, exquisito y condescendiente.

*

Bueno, ¿y por qué compré ese piano?... ¿No estoy, por mi mal, en el ocaso de la vida?... Pretendo ejercitarlo... ¿y cómo, si los músculos de mis dedos fueron bruscos y ya no responden a la presteza del movimiento?... ¡Verdaderamente resulta paradójico que cuando más afina el sensorio las fibras motoras no respondan!...

*

Mi compra fue una extravagancia estética, una qui jotada, como dicen los chuscos.

*

Como tengo tufos de rico, gusto de contemplarlo en la sala, tengo el presentimiento de que algún día, no lejano por cierto, se darán cita en su cordaje los minuetos y los shottises.

*

¿Qué importa que no lo toque si al fin no han de faltar amigos aficionados al piano?... Ellos, tal vez, me harán el servicio de hacerme estremecer con la violencia de una rapsodia, con las tempestades de una Novena Sinfonía, con las ondulaciones gratas de una barcarola.

*

No me acuerdo haber dicho todavía cómo es mi piano. Mi piano es pequeño, tan pequeño que puede tomarse entre los dedos pulgar e índice. Su teclado es fijo, sordo y mudo de remate, permanece abierto como en una inútil espera.

*

De marca ni hablemos, es judío con toda la barba, pero sin barnices de agiotista. La fábrica fue una cama de enfermo y sus hacedores una navaja y dos manos.

Este piano mio es lo que se llama una chuchería y lo he preferido por sordo y por mudo.

*

Si mi piano fuera sonoro, sus notas serían frías como el sufrimiento, atormentadas como la desesperanza, grises como el infortunio, quemantes y desgarradoras como las lágrimas de su artífice, que allá en la cama se muere pedazo a pedazo roído por el cáncer.

UNA FUENTE

Los que saben de ciencia han colocado a las canteras entre la materia bruta, y aunque hay seres vivos que las superan en brutalidad, el espíritu se siente inclinado a considerarlas más brutas e inertes de lo que son.

*

Una cantera en la serranía es la cosa más áspera del mundo; su mole es de aplastante pesadez, el quietismo de su masa es el cuerpo mismo de lo impenetrable. La cantera es roca que ama la soledad y las alturas y está enferma de misantropía, es substancia diabólica hecha de fuego y presión que sólo admite la caricia de los barrenos y los explosivos besos de la dinamita.

*

A pesar de estas feas cualidades, la cantera es coqueta como la juventud de las mujeres, gusta de los portes elegantes, se deja dar maquillaje, guarda la línea al conjuro de los cinceles y se da manitas de colores tenues, rosa pálido, blanco mate, rojo desleído, jaspeado en violeta. El manganeso y el fierro son los Max Factor de este toque de belleza.

*

Y a pesar de los eruditos, las canteras se animan, cobran vitalidad insospechada y se desperdigan por la ciudad, la invaden y hablan a los hombres en lenguaje ideográfico y en simbolismo maravilloso; se plantan en las torres para bordar filigranas en el tapete del cielo; se derraman por las calles en adoquín y ponen a los pies de las gentes el amplio tablero sobre el cual se tiran jaques con la alevosía de los gambitos.

*

Las canteras llegan a las plazas y forman el cuerpo mismo de las fuentes, las fuentes son el alma de los jardines y la rumorosa poesía de

los pueblos. Un jardín sin grifos ni gárgolas es un paisaje en agonía; en una ciudad las fuentes son la expresión amable y hospitalaria a cuya vera dialogan la fatiga y el desencanto.

*

Por eso aquella fuente fue llena de gracia y se llamó de las "Conchitas" por su pequeñez, por su finura encorsetada, por su labrado en conchas de mar, por su rojo esfumado, por el áureo bronce de su grifo y por la pupila zarca de su agüina. Fue tan amable aquella fuente que dicen, casi se puede creer, que por su ausencia un pino que estaba enamorado se secó.

*

El cuerpo desgarrado de la fuente yace ahora en un hacinamiento de material de construcción. La fuente fue arrancada en aras de la planificación y el urbanismo. Las conchas, las canteras de su grácil cuerpo, vibran y se estremecen de temores. Allá, lejos, unos adobe le hacen guiños de rufianes; cerca, unos tabiques resquebrajados le muestran el fuego de su sensualidad brutal; muy cerca, unos cas

cotes de cemento bailan un son afrocubano entre la pedacería insolente de la argamasa disecada por la tuberculosis.

*

Mortales heridas lleva la fuente en las canteras que formaron su cuerpo, y sin embargo, aún siente que la claridad la envuelve en ondas multicolores, que la luna le hace gestos allá en la tranquilidad de su fondo y que del abismo de la noche llegan gemas para salpicarla de irradiación y centelleo.

*

La fuente no se queja, no llora, no se lamenta, sólo siente vivos deseos, quiere ver retratados en sus aguas los rostros de las gentes que abrevaron, las caras de aquellas viejas enfangadas de chisme, roídas de envidia y acosadas de matrimonio; quiere ver las frentes rugosas y las manos temblonas de los toscos aguadores.

*

La fuente tiene deseos, los últimos deseos de la agonía, quiere la impertinencia, la

bronca de los cacharros de fauces circulares
el cascabeleo de los botes y las tinas, y sobre
todo, la fuente quiere ver las caras de los ni
ños, sentir en su pretil la tibieza de sus cuer
pos colgantes y las manitas magras y llenas de
vida, lo mismo las inquietas y limpias que las
mugrosas y desconsoladas.

*

La fuente añora, absurdo sentimentalismo
mo de granito, el perfume de su pino enamorado,
la inquietud del viento, modelador de su
tocado, los besos de fuego y de luz que la
hicieron clara y transparente.

VOCES DE LA COCINA

Mucho se dice de las mujeres abandonadas, pero nada se ha dicho de las cocinas solitarias, de aquellas que un día tuvieron fuego y humo y de una buena vez se quedaron en la quietud y en la penumbra.

*

Resulta grosero hablar de la cocina de mi casa, hoy por hoy en el desamparo; pero es necesario para mi alivio y descanso.

Todo es quejumbre en ella, impotencia, polvo que como vello de ratón hace gris la cara lustrosa de los platos, lepra de hollín que invade los cubiertos, telarañas negras y de olvido, ceniza que se amontona y apretuja en

ilusión de calor, en invierno de hogar apagado.

*

Si los cacharros de mi cocina no tuvieran su recuerdo y su filosofía, si cada vez que paso frente a ellos no me dijeran cosas honradas, si no me hicieran cavilar con su tristeza, de buena gana los hubiera arrojado contra el suelo por inútiles y odiosos; pero el caso es que, al par que ellos, el dueño también rumia su melancolía.

*

He dicho que nadie es feliz.

Este cucharón, a manera de un canónigo, se reclina sobre la mesa en abandono lastimoso y padece de hastío. Le hacen falta abluciones de caldo y la vida submarina en el fondo del puchero, allí, para codearse con la grasa.

Repartir la comida es repartir el bien.

El cucharón padece vigilia, extraña las fanfarronadas de su gran cupo, el regodeo de las dádivas.

*

Ese plato que de canto se recarga sobre la pared es todo un equilibrio. La blancura de su rostro, como el de las mujeres grávidas, se llena de paño.

No he conocido plato más infortunado: siempre le tocó estar alerta, ayer en un escarapate, hoy sobre el fogón, siempre a la expectativa de banquetes y jolgorios, porque ese plato no supo de viandas; su pasado y su presente son como los de ciertos hombres que se cruzan de brazos para ser contemplativos.

*

Yo he oído al plato renegando a media voz de su destino, de su blancura, de su papel de mirón. De su destino, porque hubiera preferido ser de barro y no de caolín; de su blancura, porque quiere ser moreno y no blanco, negro como el barro de Coyotepec, lo mismo da.

La blancura le molesta como una maldición, porque se parece a la virtud de muchas doncellas, seca de privaciones y enloquecida de histerias.

*

¡Mala suerte la de mi plato!

Condenado a reposar de canto, fue el señorito de presumir, el escudillo de la honra, la presencia que da señorío, la sorpresa de la visita que no ha de llegar nunca, el que nació para servir y sólo fue un adorno casero.

*

Casi tocando al plato inútil un tenedor se muere de carroña y muestra los dientes carcomidos por la herrumbre.

El plato se excita. Le llegan deseos incontenibles de cosquillas y piquetes; querría que lo pincharan, que lo cicatrizaran para proclamar gloriosas las marcas de la viruela.

El plato no quiere comidas exquisitas, ni señorío, está cansado de esperar; anhela el bullo del humilde yantar, quiere el chisme y las habladurías de una cuchara de palo burlesca y astillada que, según noticias, no es como el fisgón, sino todo un encanto de buen hablar, todo un hechizo de alegría en los mítines diarios del fregadero.

*

Está visto que el abandono y la guerra son cosas parecidas y dan el mismo resultado: la muerte.

La guerra consume; el abandono oxida.

La guerra y el abandono queman.

*

Sufrí un error al afirmar que nadie era feliz en mi cocina. Una cazuela se asoma sobre el cisco y sale por sus fueros.

A pesar de la mortal sutura que la parte, dice estar en santidad por las manos de mujer que en ella guisaron; afirma que tiene la gracia de las aldeanas de que habló López Velarde; asegura ser creyente del dios fuego, del fuego que también es deidad humana, devoción que anima la vida, liturgia que hace cristalino y diáfano el ideal.

*

Cuenta que muchas veces, entre brasas y llamas, tuvo la ilusión de un beso de enrojecido aliento y oyó cómo la lumbre, entre chasquidos y bruscos parpadeos, le musitó duras

palabras de liberación y exterminio; y enrojada y ardiente, tuvo la ilusión de ser un sol o un pedazo de estrella quemándose en la eternidad insondable...

*

La cazuela es feliz a pesar del abandono, porque no fue ni próxima ni remota esperanza, sino realidad tangible avivadora de jugos, instigadora de apetitos. Toda la familia estuvo atenta a su contenido y para todos se portó con largueza, lo mismo para el chicuelo con apetito de ganso que para el viejo dispéptico y bilioso. ¡Y qué tradición más honda la de su barro! ¡Qué vida tan efímera y diáfana aquella que nació con la humildad del servicio!...

*

La cazuela de mi cocina se adorna todavía con un listoncillo de litargirio, fue coqueta en sus mocedades, allá cuando el arroz, príncipe de sangre azul, le mostró sus rubores de jitomate.

La cazuela está como partida por un rayo, el cochambre la ennegrece. La cazuela de

mi cocina espera la cruel misericordia de que
la arroje al basurero, para cumplir su ciclo de
ventura en la pedacería de la tierra y confun-
dirse en el polvo del cosmos. . .

LA FERIA

Alberto jamás sacudió el polvo de su viejo chaquetón, nunca portó la gorra con decencia; el pantalón raído fue como fuelle de acordeón sobre las piernas, arrugado y pringoso. Si era un vicioso y un abandonado, entonces ¿por qué golpeaba con afán el sombrero contra la rodilla y hacía un cepillo de sus dedos para limpiar el saco desteñido? . . . ¿Por qué pretendía disimular su incuria aquella tarde? . . .

*

Cada vez que una bomba atronaba el espacio, el corazón le daba vuelcos de ansiedad, el pensamiento de que a esas horas la plaza estaba repleta, lo ponía fuera de quicio. Sen

tía ganas de correr, para llegar a tiempo y tomar sitio.

Alberto es un tipo singular con su historia de parrandero y manirroto, un haragán, pero un provinciano con toda la barba, amante de su valle gris, devoto como ninguno de la feria de su barrio. En ese bullicio pueblerino ha quedado a grandes llamas su juventud y su madurez se deleita en ella, por sorbitos, como vino que se paladea para hacerlo interminable.

*

No hablemos de sus posibles.

Hay seres a quienes no afecta la economía ni les preocupa la supervivencia; nacieron en la comodidad, la perdieron y siguen encasquillados en su ilusión de próceres. De sus familiares sólo vale la pena mencionar a aquel hermano, reverso de la medalla, que lo protege a diario; y vale la pena también nombrar a su compañera, la perra que apoda "Viruta".

*

Singular animal es esta perra que llegó no se sabe cuándo ni cómo y que creció ni

muy grande ni muy chica, delgadita, toda blanca, de hocico gracioso y orejas levantadas. Recatada y dulce esta Viruta, se cuenta que había desdeñado, por el apego al amo, los amores poco castos de un Bulldog impertinente y también los desvergonzados de un policía con tufos de Rin-tin-tín.

Viruta es toda una doncella blanca.

El animal contempla con cierto disimulo la *toilette* del amo; a cada golpe parpadea y se pone luego en actitud sedente. Cuando Alberto toma el bastón, la partida está próxima. Efectivamente se oye un... "¡Vamos Viruta!"... y en marcha, mientras la noche cae, la cohetería arrecia y en la penumbra de un cielo raso, aparece el parpadeo de las estrellas.

*

La plaza está repleta de gente, es un hormiguero en constante ir y venir.

Alberto se abre paso con el bastón y toma sitio.

Llegan tufos de enchiladas y nuestro hombre pretende buscar a doña Tula, que hace las mejores de todos los contornos.

En la ola y en los caballitos se escapan risotadas de niños y gritos destemplados de señoritingas nerviosas; muy cerca se escuchan piropos y cuchufletas de curros que no pudiendo regalar una flor, la imploran; allá las eloterías lanzan pregones tiernos y el gritón de la lotería anuncia un premio de dudoso cristal de Bohemia; los puesteros aturden con sus gritos, como si atendieran a una clientela ávida de naranjas y cacahuates.

*

Un olor acre le hace voltear hacia el rumbo donde las tinas rebosan espuma sanguinolenta; le viene al momento la figura de Florita, a quien cortejó y que no ha perdido la fama de sus lindos ojos y su buen colonche.

Hacia la esquina un mariachi de violín, bandolón y requinto rasguea el prelude de una canción de abandono y cariño, y entre voces aflautadas y contrapuntos de bajo, se oye muy claro: "Te voy a abandonar, mujer, por incorregible" . . .

Y Alberto pasa la mano sobre el lomo de Viruta como en un presentimiento.

Y surge cálido el estribillo y las cuerdas se pulen de vibraciones y los catadores de Flora, la de los lindos ojos, la del colonche fino, lanzan un ¡ja-ja-jay! destemplado y sin pecho.

¿Qué te parece Viruta? Y la perra lame la mano del amo, bosteza y con la saeta de la lengua se humedece la naricilla.

*

Las bombas estallan, los cohetes suben y desparraman regueros de luz y los guasones exclaman: "¡Aaaah!"... mientras Alberto eleva los ojos y dialoga con su fiel Viruta sobre los encantos de la policromía.

*

Los puestos de monos de Tlaquepaque venden charros y chinas, caballos tamaulipecos, alcancías de cerdos y frutas, medallones con pieles rojas, misterios de cara bonita, jarrones, tlachiqueros con acocote, mulitas y viejos en actitud prosaica. El barro está vivo en el puesto de don Goyo.

*

El primer rehilete se enciende, chifla y gira locamente. Se quema una torrecilla que silba con torpeza y luego, por un cortinaje, el castillo mayor se inmola con rapidez inusitada y todo es luz, color; se destacan jarrones amarillentos, copas enrojecidas, aves de níveo plumaje, todo hecho de fuego y en combinación vistosa.

*

Alberto permanece en su sitio con los ojos fijos en lo que fue y será su deleite, la pólvora que se quema en la feria de su barrio.

¿Después? . . . la plaza se despeja y Alberto, que siente un poco de frío, ordena a Viruta; los dos caminan con paso lento hacia la vecindad de "Las Palomas".

*

Pancha, la casera, pregunta:

—¿Qué tal de feria, don Alberto?

Y éste responde:

—Muy bonita, como siempre. La Viruta y yo venimos encantados.

—Y la pólvora, ¿qué tal?

—¡Qué polvoreros tenemos, señora Pancha! ¡Lo hacen como por magia de tanto color que hasta la vista se empaña!

Y se talla los ojos, como si al hacerlo, sus pupilas muertas recobrarán el brillo.

UNA CARRETA

En los ranchos y en las granjas la carreta es una vieja respetable por su aspecto poco amable y por sus groseras facciones: dos ruedas que casi buscan la cuadratura del círculo, y rayos toscos que hunden su manaza en un piñón que pasó por el torno como a empujones. Sobre el timón, palo sobado a fuerza de machetazos, la redila flaca y nudosa luce los huecos de sus grandes clavijas.

*

La carreta no devora distancias como esos chiflados del auto o el avión; parsimoniosa, soñolienta y en disloques laterales, parece que juega al estira y afloja, como si quisiera dar fe

de que sus ruedas dejan huella por los surcos polvosos del camino.

*

La carreta de Tacho es como todas las carretas, quejumbrosa y llorona cual mujer del pueblo, pero resignada hasta la santidad y aguantadora hasta el martirio. Por eso Tacho se precia de rico con el tesoro de su carreta, y como despilfarrado, tiene para seguir tirando.

*

En aquel amanecer de luna en cuarto menguante, el alba refrescaba su cara en la humedad ambiente y las estrellas hacían los últimos guiños al lucero de la mañana. No era aquella una mañana poética, sino un amanecer ordinario en que la tarea parece más fácil porque el sueño mitigó la de ayer. Para Tacho, una mañana fresca, despejada, un tiempo precioso para ganar la carrera al sol.

*

La carreta está dispuesta; "El Negro" y "El Pinto" uncidos como corresponde a su ca-

tegoría de mansos; la redila hasta los topes con maíz encostalado y en la cima el chamusco, pencas hidrópicas de nopal rasuradas al fuego. En la horqueta del lado, el clásico cántaro que rezuma frescura por su cutis moreno.

*

La carreta de Tacho, mandadera gruñona, tiene lados nobles, sirve de cuna y niñera a Pioquintillo, escuinclé nono de una prole en razón directa de la pobreza. Y allá va, en una especie de hamaca, por entre las ruedas, en vilo, como bulto animado, llamando con los dedos al "Tudesco", perro desmañado y canijo.

*

Todos los caminos son largos aunque estén en línea recta, por lo áspero y pedregoso porque a veces se mojan y se encharcan con la lluvia. La carreta cruza desesperadamente la vereda y se tambalea sin ton ni son y entona la quejumbre persistente de una alabanza fúnebre en la blancura quieta del camino.

*

El perro se sofoca de polvo y hace gran-

des buches, Pioquintín se envuelve en el gabán para evitar la tolvanera, "El Negro" y "El Pinto" tuercen sus cabezas gemelas y allá en lo alto, de pie, vivos los ojos de capulín, Tacho el carretero tiende la garrocha y grita: "¡Tira, buey!..."

*

El cántaro negro es un mozo sin ideas, pero un fresco de buen humor que presume que todos aquellos lamentos, que todos aquellos ayes de la vieja carreta se deben a un complejo de menor valía. Tal vez la carreta sueña con viajar por el asfalto de las vías modernas, tal vez quiera arrojar los suecos para calzar el hule de los buenos coches, tal vez sueña con el brillo niquelado y el color flamante; pero quien nació carreta y vive todavía, se quedará allí como armazón tambaleante de un pasado que no pudo liquidarse.

*

El cántaro es un chico guasón como todos los morenitos; supone cosas demasiado complejas, todo porque le aburre la quejumbre y el bailoteo de aquella vieja desvencijada. Mejor conocen a la vieja carreta "El Negro" y

“El Pinto” que, con sus ojos de esmalte, sus orejas velludas y su nariz remojada, han vivido la historia del mueble y saben del aguante de su madera, de la cruenta tortura por los largos caminos, de la sed que abrasa y del polvo que sofoca; más saben ellos que, agradecidos por el regalo de unas cuantas pencas, la llevaron sobre sus fuertes y dóciles cabezas, como carga prometedora de fruto y calor para la boca parasitaria y las manos pedigüeñas de los hombres.

*

Más sabe “El Tudesco”, parco en el comer y sobrio en el ayuno, que entre las ruedas de la carreta busca sombra y marca el trote con la cola gacha. El fue con la carreta hacia la milpa a recoger la dentadura amarillenta de las mazorcas, él vio cómo en la siega la carreta se cubrió con el oro de las gavillas, y también fue al mezquital y vio cómo treparon para un viaje eterno las marañas, los brazos y las ramas mortuorias de los árboles descuartizados.

*

Pero Tacho el carretero sabe mucho más,

y sobre el travesaño del timón, como una silueta en blanco y negro, se apoya en la jabalina de las velocidades. Fija la mirada, atento el oído, traga el paisaje a sorbos, en retazos, y a veces asimila dificultades que lo agotan y lo rinden. Tacho es un hombre que cuida la mercadería, atiende la llamada del pequeño, azuza a los boyancones y marca las rutas de su destino; un hombre a carta cabal al cuidado de un perro y en un monstruo de pisadas torpes, escarnecido por los vuelos y despreciados por los "HP" de los motores.

*

El único que no sabe nada es Pioquintín, que va dormido en la cuna de aquella matrona tosca como un paquidermo. Pioquintín se durmió aburrido del paisaje y aletargado por la marea de la brusca niñera.

*

Tacho vuelve con la carreta cuando la noche se llena de pecas luminosas, y la deja en el corral postrada sobre el timón, y mientras todo se anima en la casa y Pioquintín tira gritos y "El Tudesco" salta, "El Negro" y "El Pinto" ensalivan un pienso de rastrojo.

MAESE OLEGARIO

Yo que nunca supe conquistar un amigo y que aprieto entre las manos la nada de mis cariños, estoy cultivando un amigo.

Es devoción que lo llame con gritos de apremio, allá en el solar, cuando en busca de sol, de aire y de charla, me alejo; cuando har- to de soledad, indigesto de doctrinas y cansado de la rebatiña de la existencia lo busco, para dejar escapar los vestigios de la bondad que se libró de la baja pasión y de los odios lace- rantes.

*

Mi amigo no es un cuarentón ni un amo de hostería de novela añeja, no sabe de galan-

tes aventuras ni de correrías de príncipes, no guarda secretos regios ni tiene la flema que disimula la intemperancia de la clientela, no tiene la lisonja que a flor de labio agrada las altiveces de golfos y espadachines.

*

Mi amigo Olegario, a quien llamo "Maese", es un chiquitín prieto, gordito, de ojos negros y maliciosos; tiene las pestañas rizadas y por sus labios finos asoman los dientes de leche, tiernos como granos de maíz en jilote.

*

Platicamos.

Mientras con la hoz derribo hierba incitante y olorosa, él me sigue con una charla cortada y sintética.

Me habla de un almuerzo de verdolagas y me reprocha porque no le llevé pan; me pregunta cuándo llevaré naranjas y me ordena que le monde una tuna.

Quiero complacerlo y descanso para escucharlo mejor. Así tan pequeño, me parece una contradicción de la vida.

¿Por qué no estará flaco?... ¿Por qué se le abultan los cachetes si está lleno de privaciones?...

*

Me dice sus proyectos.

Sueña con vacas y becerras; quiere tener cerdos para matarlos con un enorme cuchillo.

No me explicó por qué guarda tanta inquina contra estos animales; ¿pero qué los cerdos merecen otra cosa?...

Lo veo muy cerca; los ojos tienen un velo profundo de transparente inocencia. Si tuviera la cara lavada, le haría cariños y gozaría de un momento de claridad y así tal vez mi corazón latiera por ignorados motivos paternos; pero la mugre me lo impide.

*

Me enseña los pies.

Veo con sorpresa que los trae calzados.

Me cuenta que tiene ahora un cajón de

zapatos que le trajo la señora Montañés y me alegro de que los negros conejitos de sus pies no caminen más por la tierra caldeada.

*

Me vuelve a pedir una tuna. Sobre el mismo nopal le brindo una que me parece en sazón.

La muerde con deseo, la engulle y se chupa los dedos.

En señal de agradecimiento me da la queja de que Nicolás se sube al peral y de que Luz la hermanita, se come las uvas.

Se vuelve a lamer y a chupar los dedos

—¿Te gustó?...

En contestación expulsa que Juanito, el niño de pecho, ya se murió, que trajeron la música para encaminarlo al cielo. Agrega que tenía deposiciones y que su mamá lo curaba con yerbitas.

Adivino la enfermedad; pienso en la flaca y consumida mamá.

He observado que en el fogón de "Maese" sólo se cocina nixtamal; ni leche, ni carne, ni legumbres; ¡tortilla escueta y miserable que lleva en su blancura el linfatismo de la raza!

*

"Maese Olegario" tiene una obsesión.

Quiere crecer tan grande como el pino que en rítmicas triangulaciones vegeta en la huerta.

Claro que esto es sueño, mero imposible. Sin embargo, me repite que crecerá al tamaño del pino.

Yo le pregunto:

—¿En qué casa habrías de caber?... ¿Cómo habría de besarte la frente tu mamá que es tan bajita?...

Calla para buscar respuesta.

*

Mientras corto yerba olorosa y tierna, reflexiono que un niño del tamaño de un pino causaría la rabia de los enanos.

Sería ventajoso tener la frente más cerca del cielo y el pensamiento en la hondura de infinito; pero esto no pasa de ser delirio y dispare.

Un pino crece muy alto, y un niño de semejante estatura, sería un monstruo de curiosidad, aquí donde todos quieren los frutos, los hombres y los pensamientos a la altura de la mano.

COYONOXTLE

Hay en las alturas de mi valle desértico muchos cactus, órganos que apuntan surcos al cielo y tejen el encaje de su espina; biznagas que pugnan por salir de la tierra y sólo muestran la redondez del cráneo; garambullos de flor menudita y perfumada que son como candelabros verdes en días plenos, y en las noches, urnas donde se guarda el silencio y el misterio de las sombras.

*

Todos los cactus de mi valle son tristes, viejos, de un arcaísmo que bosteza de tiempo y de una humildad que se antoja de harapos y de andrajos. Los cactus de mi valle más parecen ermitaños, solitarios o penitentes en des-

agravio. Y es que los cactus ya no gozan de los favores de Gea y el cielo se ha vuelto duro y las nubes ya no lloran ni bañan con su llanto el abrasado cuerpo de estos seres.

*

Y sin embargo, el cuerpo de los cactus es la respuesta admirable a una tierra inclemente, seca de jugos, enrarecida de frutos, entristecida por la muerte y hecha tumba y sudario por la ambición y por la guerra. Y en la negrura de la hora, sobre la ceniza caldeada de mi valle, el cactus abre su flor, flor brillante y única que se adentra en nuestros ojos como una caricia de color y que se quema en el alma como una lección categórica del triunfo y de la gloria en un medio inclemente y hostil.

*

El coyonoxtle es un cactus que ha vivido nuestra historia y ha saboreado nuestra pobreza; es como un profesor de energía que ha tenido el valor y la entereza de vivir descuartizado sobre el filo de las bardas a la vera de las cercas. El coyonoxtle es entre todas las plantas la arquitectura simbólica de que habla Hegel. No es su porte sereno, no es apasio-

nado, no es frágil ni sensual, es fuertemente sinuoso, tal como si expresara la tumultuosa y dolorida historia de un pueblo o el obscurecido secreto de una leyenda trágica y fatal.

*

Todavía lo recuerdo, vivía entre un manchón de retoños, tal como un padre vive feliz entre la peñusca de sus hijos; sus brazos, fuertemente musculados, se extendían como una punzante caricia sobre el rubio espinal de sus cachorros; sus hijos, como él, no tenían médula, no tenían corazón; en sus cuerpos sólo había fibras para vegetar; ni se conmovían ni sabían enternecerse. Los grandes amores, los dolores infinitos no tuvieron albergue en aquellos cactus; los tallos eran como flautas que dejaran escapar la sinfonía de las quejas, el rencor de las luchas, las agudas notas del sacrificio y del tormento. Tal vez por eso el coyonoxtle tiene aspecto de bandido, tal vez por eso sus frutos son acres y amargos como el odio.

*

Aún lo recuerdo: el coyonoxtle sólo había admitido la amistad de una lagartija, y es más, le había dado cobijo en la base de su

tronco, y lo había dado por egoísmo. Aquella lagartija verde era tan parca, tan discreta y tan hacendosa que en verdad no podía negársele aquella misericordia.

Todos los días, cuando el sol radiaba en plenitud, la lagartija asomaba la cabeza y saludaba al hosco cactus. Sobre la llanura se desperdigaban los chaparros y tendían la indolencia de sus ramas enjutas. Hasta ellos corría la lagartija y buscaba con viveza las sabandijas de una fauna empobrecida, y las comía con deleite y las pasaba enteras por entre sus mandíbulas desdentadas. Volvía cuando el sol quemante cruzaba el meridiano y trepaba sobre el coyonoxtle que, gruñón y todo, le permitía aquel abuso.

*

Las lagartijas son los seres más simplistas y también los más incomprensidos; jamás hicieron mal a nadie y su desgracia mayor es la fealdad y la repugnancia. Con todo, esta lagartija gustaba trepar al coyonoxtle, era como todos los ilusos, muy dada a los espejismos, y los juegos de luz eran su encanto desde aquella altura. Era feliz porque a pesar de correr tan cerca del suelo, jamás se había

arrastrado como los gusanos o como las víboras.

*

Gustaba trepar a lo alto del coyonoxtle para avizorar desde allí la lejanía, como si esperara otro paisaje, como si el gris de aquella extensión fuera a cambiar de momento por una perspectiva húmeda y policromada. En el mes de mayo pasaba horas y horas tendida sobre uno de los brazos del coyonoxtle, contemplando las únicas flores de aquella primavera tardía, la única floración de aquel cactus en pétalos violados, en flores de maravilla. Ciertamente, aquellas flores no tenían perfume, pero para una lagartija simplista la esencia es lo de menos; eran la forma y el color, atributos de la belleza, lo que constituía un regalo para sus ojos.

—¿Sueñas?... —preguntó el coyonoxtle.

—No —repuso la lagartija—; contemplo y palpo la realidad.

—¿Qué realidad?...

—La de tus flores espléndidas, que me revelan tu bondad escondida.

—¿Espléndidas?... Dirás la maldición de mi existencia; cada que esto me ocurre, me acosan los moscos, me chupan y me fastidian con su chillido impertinente.

—¿Estás amargado?...

—Bueno... amargado no; inconforme tal vez... Después de todo no se puede tener buen genio cuando para llevar una mísera existencia se ha entablado una lucha gigante; no puede ser amable aquel que para sobrevivir tuvo que ajustarse a una ración ínfima ni menos aquel que para ser libre tuvo que vegetar como un desheredado.

—Deja esos pensamientos —indicó la lagartija—, aprende a mí que me resigno y que no tengo más ilusión que las verdes escamas de mi larga cola.

—Si no fuera porque conservas mis raíces limpias y eres buena como una mujer honesta, ya te hubiera arrojado por cretina y por boba.

La lagartija se escurrió; cayó la noche y un estruendo de fusiles y de ametralladoras se escuchó por el monte.

Después... el silencio, los aullidos de los coyotes husmeando la carne.

*

Hombres, hechos siluetas, se acercaron al manchón donde moraba el coyonoxtle y fueron mutilando uno a uno aquellos sus retoños, hasta dejarlo solo, solo por duro y por viejo. El coyonoxtle no supo llorar, se aletargó en su dolor y por sus fibras fue corriendo el rencor y la venganza.

*

La luna brillaba en cuarto menguante; el coyonoxtle se envolvía como en un vaho de angustia.

—¿Duermes?... —preguntó un coyote que se acercó con recelo.

—No; he pasado la noche en vigilia; pero, ¿qué llevas en la cara?... ¿tuviste pelea... algún lance?...

—No; nada de eso. Veo que estás solo. ¡Ah, ya caigo! Los tuyos mal tapan y disimulan el cadáver de un hombre muerto en la refriega.

—¿Cuál hombre, qué cadáver?...

—Verás. Estaba acosado por el hambre y corrí por entre el monte en busca de presa. De repente, las descargas de la pelea y la huida hacia mi madriguera. Cuando volvió la calma, repuesto del susto, otra vez el hambre me acicateó y nuevamente salí hasta llegar aquí cerca. Allí estaba el cadáver del hombre que te he dicho y tus hijos mal lo cubrían clavando sus espinas en su ropa y en su cuerpo. Mi apetito creció en presencia del bocado. Por un rato, sedente, medité por dónde empezar. La mano derecha de aquel hombre estaba al descubierto, era una mano fuerte que tenía un extraño ademán, algo así como la protesta por no sé qué cosas inciertas. El rostro era expresivo, sus labios semiabiertos tenían encajada una sonrisa entre burlona y picaresca. Me inspiraron temor sus ojos desmesuradamente abiertos, eran un espejo en cuyo azogue apenas se reflejaba una luz opalina. Cavilé; no encontraba sitio por dónde morder; sobre el pecho, tus retoños eran hacinamiento punzante.

te y ofensivo. Me acerqué cuidadoso y decidido. Le roeré las entrañas, me dije. Después de todo, pensé que la parte más vulnerable del hombre está allí y que es allí donde radican las claudicaciones y las vendimias de ese "ente" temible y orgulloso. ¿Te parece que que he hecho bien?... Mi hambre lo justifica, ¿no lo crees?

El coyonoxtle respondió que todo aquello le era indiferente.

—¿Quieres darme tus frutos? —dijo el coyote en tono suplicante—, quiero quitarme este hedor de carne manida y este tufo de sangre coagulada.

El coyonoxtle dejó caer sus tunas amarillas y el coyote las devoró con fruición y se alejó sin despedirse.

*

El coyonoxtle quedó solo, solo y pensativo. ¿Por qué fuerza misteriosa habían caído sus frutos?... ¿Qué jugos enervantes habían diluido hasta la piedad el negro licor de sus venenos?... Muy a su pesar, intentó que aquella bestia ruin y miserable borrara las

señales de aquel festín macabro. Tal vez por eso los frutos del coyonoxtle son acres como la maldad y el odio.

LA LECHUZA

Casi todas las lechuzas del mundo asistieron a los aquelarres de las brujas. Los aquelarres de las brujas se celebran en noches densas, en despoblado, sobre hacinamientos de basura y entre hedores de estercolina en fermentación. La lechuza, a pesar de la murmuración, es dama de ciertos rancios sabores y de no menos desgarbada figura. A pesar de que los lodos del camino le salpicaron el plumón del pecho, conserva la finura y brillo de la seda antigua. Sobre el lomo y las rectrices de las alas muestra las pegaduras de su oro viejo y las oxidaciones de un mármol impuro. Si la lechuza no hubiera tenido cabeza de anciana y esos ojillos negros, hundidos en una cuenca algodonosa, hubiera sido una real hem-

bra. Para colmo, el pico nejo y ganchudo, malicioso y cruel, no es sino el vulgar tranchete del peladito.

La lechuza no goza de buena fama ni menos tiene aceptación entre las aves **chic** de la rama. Antes bien, se le repudia; pero no como se repudia a una ramera, sino como se repudia a la que tiene malos bigotes. Y es que la lechuza no está entre los pajarracos inteligentes o entre los cantores. La lechuza está entre lo peor del grupo, entre las aves indiferentes. La lechuza no piensa como las demás rapaces ni menos como las trepadoras. Y come distinto, y no sueña; vive, y vive sola porque la alharaca de los nidos y de las paravadas le son odiosas. Y por esto, la lechuza es de las que no asisten a los aquelarres que con fogatas, escobas y aullidos del peor timbre pretenden asustar a las gentes sencillas.

Como todos los bichos de mala catadura esta lechuza es perseguida con saña, todo porque acostumbra de vez en cuando posar sobre viejas paredes y cantar en el silencio. Ciertamente que para el oído humano ese canto suena a "alabado"; pero para su uso, es algo solemne, algo clásico, es la inspiración que en timbre de

mezo-soprano le sale por la garganta para agradecer la obscuridad, fuente de sus recónditas meditaciones; para reflejar la claridad que de las estrellas se le filtra con las franjas y matices del cosmos; para agradecer el silencio que le permite vivir, respirar, volar sin temores, atravesar a su antojo las ondas del aire, escuchando en tonalidades bajas la inmensa sinfonía que se escapa de los astros, la música que ella quisiera repetir y que no puede, porque su timbre de mezo-soprano apenas si dispone de unas cuantas notas dislocadas, lúgubres y que se modulan en la hoquedad de su garganta.

Esta lechuza no asiste a los aquelarres, porque está curada de espanto, y además, porque quiere vivir en las plenitudes del valle a la vera de chaparros y matorrales.

Aquella vez en que un pastor la persiguió arrojándole peñascos, buscó las alturas de un pirul añoso. Allí se encontró con un viejo amigo, el buho, el de la cara de esfinge, el de los ojos absortos.

—¡Hola!, señora —dijo el tecolote con cierta familiaridad—. Milagro es que llegue a estas alturas.

—¡Valiente carrera me ha hecho pega ese borreguero! ¡Mírelo, señor, todavía me busca entre los chaparros!...

—¿Y qué tal, abunda la caza por entre el breñal?...

—Amigo mío, tanto como abundar no. Granean las tuzas a distancia, ya que las ratas se han escurrido a la ciudad. Claro, a la más agreste de las bestezuelas le aburre roer las raíces del cardo y la escobilla, y no tiene remedio. Huyen, sabedoras de que en las bodegas, casas, tiendas y escondrijos de la población, abundan los buenos quesos, los tocinos y la harina en panecillos.

—No le falta razón, señora, los buenos tiempos escasean cada vez más. Ya no se puede encontrar ni siquiera una buena rama para descansar. ¿Se acuerda, señora? En estos lugares el bosque era tupido, el agua corría, las liebres hacían nido y se podía elegir a satisfacción el platillo del día, un conejillo mamón, una rata cebada o un gorrioncillo pechirrojo. Pero esto no tiene remedio, los tiempos cambian, el paisaje, la vida, las costumbres...

—Si empieza el señor a filosofar, acaba

ré por tender el vuelo. Esas cosas son aburridas y no gusto de entenderlas.

—No, no es eso. Es que la vida cómoda y regalona cuadra mucho con mi categoría de ave simbólica, que lo mismo se trepa a un chambergo que a una enciclopedia.

—Pues lo dicho, acabaré por abandonarle a pesar de todo el simbolismo. Me parece que el señor olvida su especie por la simpleza de un lugar granjeado. No olvide mi caro amigo que entre la escala zoológica somos la rama más desprestigiada por su saña y voracidad. Esto no quiere decir que entre nosotros no haya personas de buen crédito, usted por ejemplo, que es un gato multiplicado, el águila que ha tomado tintes nacionales. No podría incluirme yo que soy fea y con mala suerte. De todos modos, no tengo malos hígados y soy parca, porque me gustan las tuzas, roedores de poca carroña. ¿No le parece que nuestro mal crédito se debe al gavián? Raptor de pollas, y a quien lanzan la cuchufleta de que: "Un gavián con cien plumas no se pudo mantener y un tinterillo con una mantuvo moza y mujer".

—Veo, mi gentil lechuza, que el humor

se le endulza. Pero reflexiono que el estribillo a nuestro buen amigo el gavilán es injusto y no está acorde con la vida y modales de ese sin par aventurero. Los animales y las gentes deberían ajustar sus expresiones y decires a pensamientos más honrados; pero esto es imposible y no soy yo quien pretenda dar reglas morales. De mi parte no sé cómo agradecer las deferencias que el hombre tiene para conmigo. Me ajusta de perilla la vida contemplativa, esa divina molicie que me arrulla y me sume en el más dulce de los nirvanas. No me cabe la menor duda de que la meditación pasó de moda; pero hay que convenir en que el trabajo es servil, cansado y no produce más que desgaste.

—En efecto, señoría —repuso la lechuza con sorna—, la meditación es ocupación de bobos y da cabal idea del mantenido clásico.

—No señora —dijo el buho con molestia—, esa no es una cuestión de crédito ni de melindres de vecindad. Es cuestión de suerte, de leyenda, de blasones y de figura que se adapta al fetichismo del mundo.

La lechuza agitó las alas con aburrimiento y emprendió el vuelo aleteando con fuer-

za. Era un vuelo rasante que iba dejando la sombra del pajarraco sobre la ceniza caldeada del llano.

En el árbol el buho quedó pensativo como una esfinge.

Un ruido de ramas desgajadas estremeció el pirul. El borreguero pegó con un guijarro en la cabeza del tecolote bohemio. El trasnochador se fue al suelo con las alas semiabiertas. Estaba muerto.

En el atardecer de fuego, la lechuza se posó a la vera de un chaparral. Tenía la esperanza de un ratoncillo blanco que fuera la cena de aquel día, la víctima de la hora, el frugal bocado del instante. El ratoncito blanco era un presentimiento, sería una tibia bendición en su estómago, pobre de jugos y escaso de apetitos.

EL MUÑECO

No era mal tipo y estaba confundido en un aparador, entre juguetes de relumbrón, entre animales de poco entendimiento, entre carritos de plástico, sonajas gangosas y muñecas de ojos vivos y ropas vaporosas.

El muñeco no era mal tipo. Aquella chaqueta le sentaba a maravilla; el pantalón a cuadros, que escondía la pretina en las terminales de un chaleco de piqué, le hacía aparecer más que un muñeco, un **gentleman** en calle londinense. Los zapatos de charol eran el remate opuesto de su rubia cabellera. Y no hay que decir de sus cejas, de su recta nariz ni de aquella sonrisa que su artífice le había puesto por toda la fachada de su rostro.

Era lástima que las muñecas lustrosas y de mejillas sonrosadas no repararan en la gracia del muñeco; pero hubiera sido absurdo que las muñecas de pasta o de hule se interesaran por la gallardía de un buen mozo; y es que las muñecas de los escaparates no nacieron para el amor ni para el flirteo de altura. Las muñecas sólo entienden de mimos y sólo saben dormirse al arrullo de sus pequeñas niñeras.

Y en tanto, el escaparate empezó a quedar vacío. Los caballitos, los perros y los conejos se escurrieron en las alforjas de los Reyes Magos y se fueron, para dejar por los caminos la realidad de muchas ilusiones. . .

—¿Quién es ese hombre que me contempla con ojos inquisitivos? —se interrogó el muñeco—. Ahora me examina por los flancos, tal como si buscara las magnitudes de lo posible y de lo práctico.

El muñeco tembló, como si un presentimiento marcara el ritmo de su destino.

Aquel hombre flaco, de rostro pálido y bigote ralo entró en la juguetería, requirió precio y como una ganga, el muñeco fue suyo por unos cuantos dineros. Ya en casa, mostró

a su mujer la mercancía diciéndole con frialdad:

—A ver qué te parece la compra...

—No está mal —repuso la mujer—, lo sacaremos el jugo.

El muñeco, como todo juguete, esperaba con su presencia la alegría y la disputa de los chicos, pero escuchó de los rapaces:

—Es otro mono para el teatro.

Porque padre y mujer eran titiriteros y vagaban de barrio en barrio y de feria en feria con su elenco de marionetas.

*

Poca gracia hacía al muñeco el espectáculo que tenía a su vera, lo mismo la camatiosa que el fogón ahumado, la basura y los harapos desperdigados por el cuarto. De todos modos, tuvo que sufrir la cirugía a que lo sometió su dueño. Una aguja lanera la pasó por los hombros; por los dedos se le escurrió una hebra que dio en galvanizarlo. Aquella su cabeza de guapo, rubia, sufrió torsiones co

mo el pivote de un reloj. Completas las hebras dinámicas, el muñeco pasó al rincón que la hacía de camarino. Allí encontró a los actores de la farándula, todos en actitud de paracaidistas y todos gentes de rompe y rasga.

*

El primero en advertir su presencia fue un charrito de pantalón negro y alamarado que gozaba del favor del público. Bajo la carpa y sobre el tablado, este charrito zapateaba un jarabe y echaba manganas a una yegua bruta; lo mismo soltaba un grito en falsete que se acaramelaba en el requiebro.

Entre el anonimismo de la comparsa el muñeco se fijó en un tipo silvestre y de calzón blanco llamado Anastasio. Anastasio la hacía de indio o de peladito, de mandadero o de bobo, era la misma caricatura de un tipo famélico e ignorante y los papeles le sentaban a maravilla.

*

Los ojos del muñeco se deslumbraron ante los ternos de un grupo de gente de coleta que discutía en andaluz de baturro.

—Pasa, guapo —le dijeron.

Y todos saludaron con “olés” la llegada del catrín. El “mataor”, el famoso “Camaleño”, se adelantó y con una ceremonia en los tercios expresó al muñeco que no estaba mal con su flema inglesa, pero que allí se iba a divertir; y por si no sabía de la fiesta brava, le indicó que se fijara en aquel bicho que estaba en la dehesa (dehesa llamaba a una caja de empaque que hacía de redil).

—En cuanto el animal tenga genio y pase, te armaré el alboroto y allí aprenderás lo que es color, arte, valor, sangre y arena. En cuanto el bicho empuje —agregó el “Camaleño”—, te proporcionaré una tanda de trincherazos y te haré suspirar con media docena de naturales, y para que te sirva de postre, remataré con el forzado de pecho, tan duro y apretado como un turrón de Asturias.

*

Alguien tocó el hombro del muñeco con cierta familiaridad. Era el negrito de la comparsa venido a menos desde La Habana y que cortó en bisel la lección de tauromaquia. Era un resignado, pero alegre como la rumba

inquieto como la guaracha. El negrito era el cocinero, el ayuda de cámara, el botones de sainete. Con cautela pidió al muñeco rubio no fuera a rechazarlo por su color y le explicó en un arranque de docto cómo los fenicios lo arrancaron del Africa para venderlo como carne de servidumbre, siendo que él, como todos los negros, llevaba un diamante en el corazón, porque el Africa, afirmó con vehemencia, ha dado los diamantes que llevan la corona de los reyes y las sortijas de las princesas y de los magnates.

*

Una sonrisa coqueta y unos guiños de mujer en primavera desviaron la atención del muñeco. Allí estaba la dama joven modelada en trapo y serrín. Sobre su cara morena se encajaba el glauco de sus ojos, aquel glauco de esmeralda envuelto como en penumbra; era una joya perdida en el arrabal de la farsa. Con las manos en los bolsillos de un delantal bordado en espiguilla, miraba y miraba al caballero rubio, y el muñeco, confundido, no sabía si llegar hasta ella o quedarse plantado en el mismo sitio en que el negrito lo detuviera. Y cavilando, sintió un suave calor que le subía de los pies a la cabeza, el toque de un impulso nuevo y desconocido que le traía una

sensación de vida, de sentimientos tiernos. Aquella mujercita tenía el hechizo y la magia de lo dulce, y el muñeco quedó atontado y dejó escapar un suspiro que le presionaba el pecho. La muñeca, como si fuera de carne, había sido hecha para el amor, y es que el trapo y el serrín son menos fríos que el plástico de las muñecas de escaparate.

El amor tocaba al corazón del muñeco, y el amor, ya se sabe, tiene la expresión de las manos y de la boca. El muñeco estaba mudo de sorpresa y atado de las manos por la bárbara cirugía de su dueño. Con los labios cerrados y las manos atadas el amor es imposible.

*

Resueltamente aquel mundo de farsa y todos aquellos tipos lastimaban ciertos puntitos de amor propio; pero el muñeco se conformó pensando en que todo era simple tramoya de seres y de gentes. Trabajaría por ferias y barrios para saciar el hambre de sus dueños y para cubrir las desnudeces de los chicos. Calmar el hambre y cubrir las desnudeces es tarea de gente seria. El muñeco hubiera preferido no ocuparse de cosas ordinarias y tan graves.

EL HUIZACHE

En la hondonada de la serranía un huerto, un ojo de agua y un huizache. Decir huerto, ojo de agua, huizache, resulta escueto paisaje. Los paisajes son una dificultad, porque son pocas las palabras para narrar la perspectiva, la tonalidad, el ambiente. Aun la imaginación más pródiga, fracasa al describirlos. Ahora que vistos, los paisajes que a veces contemplamos resultan dignos de los pintores venecianos, que pudieron pasar al lienzo los matices rojos de un atardecer o poner en la campiña florecida la niebla iluminada de una clara mañana de sol.

*

El huerto, el ojo de agua, el huizache, son

vecinos. El ojo de agua y el huizache, además de vecinos, son amigos, amigos del azar topográfico. Los lugareños afirman la existencia del ojo de agua desde sus antepasados los otomíes. El ojo de agua no parece centenario; tiene la pupila de agua zarca con tonalidades verdosas; en la cuenca se transparentan los guijarros y con nítida claridad se retratan en su retina de arena el cielo, las estrellas, la cara de algunas mocitas tiernas, la greña de algunas viejas astrosas y los rostros agrios y endurcidos de algunos campesinos.

*

Nadie hace referencia a los orígenes del huizache. El pasado de un huizache no tiene la menor importancia. Sólo se sabe que la casualidad lo puso allí y que conforme lo reza el dicho popular, fue creciendo y echando flores. El huizache parece el solitario de los montes, parece un huraño. Sea lo que fuere, al huizache le gusta vivir solo, lejos del pirul que tiene mal aliento, lejos del encino quejumbroso y místico que sólo sabe concurrir a los autos de fe allá en el fogón de las cocinas. Al huizache le preocupa el estar cerca de los chaparros y de los cardos, porque éstos, a pesar de su juventud, van rastreando noche y día como unos

penitentes que olfatean en el suelo la pequeñez.

Así tan hurraño como parece, el huizache no es viejo. El tallo es redondo, bien maduro de corteza, fuerte y erguido como corresponde a la alcurnia de su especie; la copa tiene la gracia de un paracaídas en descenso y nada hay que decir de las hojas que son encaje fino en constante primavera. El huizache no es un árbol melancólico, no es un sentimental, es un árbol sencillamente bello y airoso que conserva la dignidad rústica de la floresta. Eso sí, el huizache no admite bichos de cierta laya. Las flores menuditas, de un amarillo canario, llevan esencias que no son del agrado de los moscos ni menos de las abejas melosas. El huizache no es un gruñón, es tal vez un Diógenes al que no le gusta que le roben el sol los impertinentes.

*

Sí; la edad del huizache se pierde en la sorpresa de todo lo que vive; la época del ojo de agua se diluye en la leyenda de la región. Y sin embargo, los dos viven una juventud. Será tal vez que el ojo de agua, el de la zarca pupila y el huizache, el de la glauca cabellera,

no viven la cronología del calendario ni ciclos biológicos; viven la edad cósmica por la escondida ruta de la inmortalidad.

*

El ojo de agua y el huizache son amigos platican.

El ojo de agua, por ser leve y azul, es soñador y pretende llevar al huizache por los ondulosos caminos de la poesía. Rumora el huizache los deleites campiranos de su intuición.

—Me gusta —dice— bañar las panzas de los cántaros mulatos, me gusta que las mujeres hagan de la mano un hueco y escancien para dejar en sus labios humedecidos la frescura de un beso; me gusta que los pastores sienten y estiren los labios en el intento de un sorbo que es vigor y es fuerza, placidez de la sed que se apaga.

Dice el huizache que le encanta contemplar los repechos de las montañas, observar cómo trepan las cabras y las vacas y cómo el pastor grita y silba a la oveja que se desperdiga mañosa o a la ternera que ladina otea y toma rumbos distintos.

—Por ser mi mayor placer, por tal que el huerto florezca, deajo escapar un hilillo, una vena de mi propio jugo. Y el huerto florece y fructifica, y me deleito con el motín de los racimos, con la carne amarilla del durazno, con las gotas de sangre del ciruelo y con los amaratados capítulos de la higuera. Ríe cuando los pájaros se engolosinan en la miel otoñal de las maduresces; y un gozo inefable se apodera de mí cuando veo el infinito en toda su quietud, en toda su majestad, en toda su fuerza serena. Me enloquece la fantasía de las constelaciones y el polvo blanco que la mano gigante del Eterno arrojó sobre la Vía Láctea.

El huizache, en contraste, es brusco, usa lenguaje descomedido y aborda temas vulgares, pero que entretienen al amigo. A veces las cosas del huizache tienen la rara virtud de hacer estremecer al ojo de agua con ondulaciones imperceptibles y a veces con estremecimientos de carcajada. El huizache cuenta con calor su abolengo de erudito:

—Hasta que fui joven me di cuenta de que mis vainas no son las vulgares de las leguminosas que expenden vitaminas en las verdulerías. Mi fruto, así como lo ves, jiboso, aplastado, seco, tiene el gran principio con que

alguna vez escribieron la historia y el romance y hasta la fe de bautismo de uno que otro mentecato. Si ese principio ha venido a menos, no es porque haya dejado de serlo, sino por culpa de los hombres que insensatos se han dedicado a alquimias extravagantes y a infernales malabarismos de átomos.

“Mas atinados andan los burros de Remigio el leñador. Hace pocos días, ¿te acuerdas?, sombreó bajo mi copa y quedó atada a mi tronco una pareja de asnos. Les acompañaba el hijo, un pollinito a quien los padres llaman cariñosamente “El Niño”. El matrimonio discutía en voz baja el porvenir del borriquito. Deseaban para el hijo —¿qué padre no lo desea?— un porvenir brillante y menos doméstico. “El Niño” se lo merecía, por vivo y precoz. No llegaba al año y ya en la naricilla se dejaba ver el temblor de la malicia y en los negros ojos el brillo de remotas sensualidades. El burrito tenía la fea costumbre de ir por los flancos de la madre y de buscar los bajos abdominales para sacar un buchito de la teta. Era un “niño” ideal, de esos que buscan los educadores teóricos.

*

“No estaban conformes aquellos asnos

en ciertos aspectos de la servidumbre animal para resolver el destino del hijo. Existían, según el burro, discriminaciones por parte de los amos. Los perros, por ejemplo, son animales consentidos, con torta gratis y caricias a la mano; pero animales perfectamente inútiles que aprovechando el lado flaco del dueño saben menear el rabo con inteligencia y lamer con fingida humildad.

*

—Para otros las buenas raciones —re-zongaba la burra con un dejo de amargura—. Nos toca solamente cargar los granos, el salvado, el heno y desear y mordisquear a hurtadillas. Y todo para provecho de esos vagos del potrero.

—¡No! —dijo el burro con disgusto—, nuestro hijo no será para la servidumbre, vagará por el campo libre de taras y aparejos; vagará por el monte sin la infamia de la marca, sin la amenaza de los golpes y de las ataduras...

“Como se ve, este par de bestias se había enfrascado en un imposible. Yo estaba azorado de aquellos arranques paternos y hubiera

querido que llegaran a decisiones de coces y mordiscos; pero... hasta allí las cosas... Remigio volvió, jaló el nudo corredizo que sujetaba a los inconformes y con un "¡arre!" de pocos amigos y dos o tres manotazos de muchos quilates, acabó con la murmuración herética de aquellos retrasados mentales.

"Se los llevaron cuesta abajo. Yo los contemplé desde aquí. Los asnos iban por el cañón pedregoso; iban con las orejas gachas con los hocicos colgantes, marcando el trote cillero de la domesticidad. A la zaga, con desgano infantil, caminaba el borriquillo.

"Se perdían en la distancia; iban entre cortinas de roca. Aún traté de distinguirlos, pero un sinsonte se posó en mis ramas y desvió mi atención.

"El sinsonte se puso a trinar. Primero en armónicos cortos, después en cascada de notas, que tan pronto registraban las agudas de una flauta o los puntos de un clarín. Era un gorjeo que ondulaba en la garganta, gorjeo que hablaba de alas, de viento, de azul, de libertad; fue un canto que me hizo olvidar las cosas ordinarias y que tal vez no escucharon aquellos siervos de pezuña.

UNA LEYENDA

Me ocupo en recorrer los campos trasquilados por la hoz y la guadaña y que sufren la trepidación del volteo, mostrando al campesino las raíces que murieron llevando su secreto de succiones, de jugos, de ignorados procesos y de íntimas transformaciones.

Voy por sendas aplanadas, por el borde de las milpas encanecidas por el invierno. Todavía las gavillas y los haces se acurrucan en la explanada hambrientos de silo y de mogote.

El paisaje del campo tiene contrastes y tonalidades que pasan del gris al amarillo. La tierra es dama que gusta de la moda, se atavía con paja para que en su carne morena brille mejor la plata de la escarcha, se engalana con

gemas y como una gran señora reparte esencias y perfumes y brinda miel a las abejas de su inquietante floración, ofrece a la bestia y al hombre la dádiva generosa de sus frutos.

*

Vago. Mi nariz toma en grandes unidades el aire transparente. Por el borde contemplo el barbecho, el terrón azulado por la reja que tumefacto se disputa la caricia solar.

Todo es calma en la gran extensión, calma que esconde íntimas divagaciones, calma que encierra la escondida filosofía del yo, calma que suaviza y atempera las broncas ideas sin tasa y sin límite. Los pensamientos contenidos y frenados por la válvula social, saltan aquí espontáneos, límpidos, luminosos y me embriagan y me invaden, me llenan de claridad, elevan mi existencia, dignifican mi pobre cuerpo. Pienso con entera franqueza, con el garbo de una soberbia contenida, con la irresistible fuerza de la corriente que gravita en la quebrada. Distraen mi delicia de pensar los rumores silvestres, los cuchicheos de la fronda y la líquida claridad de los espejismos.

*

Marcho sobre rústicas vegetaciones. Sobre el zacate que es una crencha dura y salvaje, sobre la llanura enferma de tiña donde el salitre aflora sobre el barro como una emanación capilar de agudos linfatismos y de pálidas anemias.

Estoy frente al lago. El lago está como en una casa de belleza y el viento opera en su tersura el ondulado permanente. Niebla sódica invade la extensión mediatibunda de las aguas, como si de su fondo se alzarán los placenteros recuerdos y las leyendas de antaño. Parece que el lago sonríe, parece que el viejo lago siente todavía el cosquilleo de las trajine-ras y el estremecimiento de los bergantines. Parece que el viejo lago tiene añoranzas de cortesanía. Tal vez ondule por los días de gloria perdidos en la ceniza de los siglos, por la gran Tenochtitlan arrasada por la Conquista, por el señorío de Texcoco y su gran rey Nezahualcóyotl que supo de las musas y de las cruentas luchas y que ofrendó los corazones en el altar de los dioses. El viejo lago ondula y sus aguas se enfangan de olvido y de muerte.

*

Me alejo. Tomaré nuevas rutas y daré la

cara a la mole de "El Popo", fumador displicente. Por el barranco los pirules muestran su racimo sanguinolento, los tejocotes despiden la aristocracia de su perfume. Voy hacia el pueblo, la iglesia de Coatlinchán me llama con la blanca señal de su torre y con la destemplada armonía de su campanario. Están llamando al rosario en esta tarde triste y la llamada es piadosa como la caridad y mística como la devoción.

Era Coatlinchán un lugarejo perdido en la serranía, sin nombre, sin tradición y sin historia. La tribu, mansa en apariencia, cultivaba las milpas con ahinco hasta que una vez Cénteotl fue pródiga en maíz y en granos. El maíz, los granos, fueron como siempre, el combustible de los grandes despilfarros y la miseria total de los próximos amaneceres.

La tribu quiso celebrar la hartura de la tierra y las bondades del cielo que así premiaba tantos afanes. Pero el festín sólo sería grato a los manes con la presencia del gran rey Nezahualcóyotl.

Los grandes de Coatlinchán emprendieron la marcha para invitar al gran señor a saborear los corderos y a presidir los oficios de

aquella ceremonia y el rey, el rey que escribió poemas, fue accesible y llegó desde Tláloc y se sentó a la orilla del regio tapextle para saborear de los manjares y de las frutas y entonar un canto de su cosecha para tantas holguras y para aquel pueblo dócil, tan sumiso como agradecido.

El rey poeta estaba hilvanando un brindis de fino corte. Se preparaba a hablar; pero alguien, un personaje de la realeza, le musitó al oído:

—Gran señor y rey, en estos manjares encontrarás la muerte, el veneno te espera.

El rey poeta fingió indisposición, un llamado urgente.

Agradecido de tanta gentileza dejó a la tribu y en tono amable se despidió. Después, con acento airado, bautizó al lugar como "Lugar de víboras".

*

Tal vez por eso Coatlinchán es triste, tal vez por eso sus gentes tienen mala fama y sus campanas sonido gangoso, tal vez... Las ca-

lles se cuelgan de la pendiente, calles por donde caminan las mujeres del pueblo; la misma tristeza doquier, el templo blanco con sus cipreses y su atrio hecho sepulcro de beatos, las mismas cercas de rama que hacen de rediles por cuyos claros se asoman las orejas de un borriquillo curioso y donde claman los muñecos de angulosas vacas. En las esquinas tipos que se embozan en sarapes gruesos y de cabeza amurallada en el cono del sombrero. Por allí ambulo cuando la tarde declina. Allá en la distancia el lago se torna inmenso espejo es una gran plancha de azogue donde se retratan el cielo y sus rubores de estrato.

*

Volveré por el camino real. El humo es peso de la noche cae y todo lo vuelve negro. Voy por el sendero en busca de mi tienda, camino por entre un cauce de arena y soy presa de tensión nerviosa. Todos mis sentidos se dan cita para adivinar lo que me espera en la ruta misteriosa. Llevo la más firme de las resoluciones, y sin embargo, no sé por qué las siluetas me infunden pavor; voy resuelto, y sin embargo, no sé por qué mi pupila quiere dilatarse buscando en la negrura una escondida chispa de luz. Soy cobarde al pensar que

en el ramaje de los árboles donde sólo hay nidos y pájaros, se ocultan las manos asesinas y villanas que se extienden desde Coatlinchán. Ya me controlo, ya desprecio tan viles supercherías. Que las sombras sigan fingiendo saltadores y monstruos, mi anhelo de llegar a cuatro paredes que me den cobijo es un impulso superior al miedo.

Llego al fin; no hay brazos cariñosos que se extiendan ni voces que me den la bienvenida; todo es quietud en leguas a la redonda.

Calentaré con mi cuerpo la frialdad del lecho; yo también, como los árboles, me envolveré de sombra; como el viejo lago me enfangaré de olvido y tal vez en la leyenda de los sueños. Esperaré el mañana, cerraré los ojos para sintetizar el paisaje en la impresionante placa de mi alma. Cerraré los ojos y dormiré mientras por los rieles un tren machaca la quietud, el silencio, la calma.

LA SEÑORITA

Por el angosto valle, por la senda plana y ondulante iban dejando el pueblo los animales de pesebre y establo. Las vacas con su balanceo en un lago de quietudes, las ovejas con sus balidos largos y quejumbrosos, las cabras saltonas con sus retozos de vida y juventud. Allá, hacia la cola, "El Mujik", un caballo de media sangre, que lleva en pelo al pastor, un mozo desgarrado y flaco.

"El Mujik" echa fuego por los ojos, volteando impaciente e inclina los dardos de la oreja para escuchar un diálogo de bestias. Por la delantera de "El Mujik" una cabra a la que llaman "La Señorita" soporta las cuchufletas de una vaca de vientre a la que bautizaron en Holanda con el nombre de "Tardía".

Esta "Señorita" no es una mujer moderna que busca el maquillaje para ser ágil y hermosa. No es una dama a la siglo XX; pero sin duda que no hay mujer que la iguale en hermosura y prestancia. No es extranjera ni criolla, es mestiza con toda la barba, por la sangre, por la lámina, por el palmito y por la gracia de sus modales y la solera de su donaire.

Esta "Señorita" llegó por la brumosa senda de lo ignorado, tal vez de los tranquilos paisajes de Judea, tal vez envuelta en la leyenda para esparcir su sencillez de aldeana y sus rústicos andares por los cantiles y valles de la provincia. Esta "Señorita" no teme al abismo, lleva en las venas la clave de una gravitación sin par y se alimenta de yerbas silvestres; dijérase que es una mujer del Cáucaso que bajó dejando en el camino el verde extracto de las cóleras mongoles y las furias del Gran Kan, para entregarse en manos del hombre que la hizo mansa y buena, dócil y manejable como buena mujer.

Esta "Señorita" despierta apetitos diferentes. No es ni sensual ni provocativa y en

su cuerpo de carne escurridiza se realiza la paradoja del encanto. De su seno sin mixtificación y sin peluca, apuntan dos pezones negros hacia la diagonal creciente de la vida. Y como herencia de sus antepasados, guarda en el cuello las gemas de sus mamellones. Esta mestiza es pinta y por el coqueteo de sus lunares la llaman "La Señorita".

*

Si "La Señorita" va con el rebaño, es porque la organización social no es otra cosa, y si convive con cerdos y borricos, es porque no todo el mundo está poblado de caprinos. De todas maneras, nada rebaja el linaje de una cabra como "La Señorita". Y con su cabeza pequeña, los ojos grandes y vivos, la finura de sus orejas y su perfil recto, parece la silueta de un animal trazado por manos de artista.

Si "La Señorita" va al pastoreo, es porque en los campos se puede comer libremente y sin mayor cotización y porque el yantar es un signo común de animalidad. Si "La Señorita" salta y se alegra y gusta de tomar aire en el mismo filo de un risco, es porque allí, en aquel agudo nivel, el oxígeno es más puro.

y la mano y la voz del pastor no la interrumpen ni la molestan y porque "La Señorita" es tan caprichosa como cualquier chicuela.

*

A Fra Angélico, el dulce, faltó un lobo en su campiña; pero a "La Señorita" no le faltó en el camino una inoportuna que pretendió empañar su presencia de mestiza.

—Más valía que el salero lo guardaras para tu gasto, porque a una judía como tú ni le está ni le queda —dijo "La Tardía", la vaca de las grandes lagunas blancas y las espesas manchas negras.

—Este salero que llevo es gracia que Dios me dio y en cuanto a lo judío, ya puedes darlo por muerto, el cura de la Parroquia me lo espantó con abluciones de agua bendita y con los responsos del diecisiete de enero.

—¿Gracia? . . . ¿Gracia le llamas a la de tu cuerpo triangulado y a la planicie de tu carne flaca?

—Sí; la gracia de la sobriedad que se afina en la silueta y no la curva del volumen que

pierde las ondulaciones de lo grácil y que hace de los seres cuerpos opacos y nebulosos.

—¿Me insultas?... Ve la línea de mi dorso, contempla mi cabeza pequeña, corre tu rústica pezuña por el terciopelo de mi pelaje y ve allá abajo el manantial pleno y fecundo de mi ubre de pezones rubios, por donde asoma la vida, por donde mana la leche tibia y blanca. Y ahora que reflexiono, no podrás llamarme ubre a ese pellejo que llevas en los traseros porque más se me antoja una bolsa de limos negro, y de veras te aconsejo la regales a un usurero para que esconda los pesos duros o los centavos nuevecitos.

—Siempre tuvieron las madonas como usted una lengua fuera de la medida y una cabeza producto de las raciones balanceadas.
—repuso la cabra.

—¿Y qué, no soy aria?... ¿Crees que voy a alimentarme como tú de espino y de retoños? —contestó la vaca en tono airado.

—Los retoños y el espino crecen en la altura, se confunden con las blancas estrellitas se suavizan con el perfume de los mirtos y el rocío de la mañana los condimenta con dia

mantes, tal como si fueran manjares para dioses.

—Eres pobre y soberbia. Humos debiera tener yo que soy descendiente del Buey Apis y que traigo en mis manchas la adoración de sacerdotes y faraones. Ninguno de mis antepasados tiene la maldición de las brujas que en sus aquelarres te pintaron a ti como la personificación del demonio.

—No hablemos de eso, señora mía. Si de leyendas se trata, ha de saber "La Tardía" que no voy a la zaga, pues ha de recordar que fui la primera amiga del hombre y que la murmuración y la maledicencia me vinieron de Baco, todo porque Minerva adornó su escudo con el pellejo de mi madre Altea. Pero yo, así de pobre y magra, fui digna de Júpiter, ¡y lo que son las cosas!, voy prendida a los signos del Zodíaco y brillo en las constelaciones, en la eternidad del cielo.

—Por lo señorito eres casquivana y por lo visto no eres corta como tu rabo; pero te pasas de antigua, y aunque estoy orgullosa de mi ascendencia, no vivo de mitologías. Parece que no llegas a comprender que la fantasía es patrimonio de los tontos y arrancados.

Por lo demás, no se puede negar que eres parca hasta la tacañería, poca carne, poca leche y ni una migaja de talento. ¿Te crees que el hombre vive de pinturerías y que su sed y su apetito se calman con adarmes de esto o de aquello? . . . El hombre, nuestro amo, es persona insaciable, insaciable de sangre, insaciable de poder, insaciable de riqueza, y no crees que tú, con ese cuerpo gitano, vayas a conformarlo. Además . . .

*

“La Señorita” y “La Tardía” se habían retrasado al calor de la disputa; pero “El Mujik”, que no las perdía de vista, tiró un relincho y dejó en puntos suspensivos el diálogo empeñado.

—¡Caminen! —pafó “El Mujik” con nervio—. Déjense de chismes y no olviden que sólo un pegaso tiró del carro del sol y llegó al Olimpo para ser digno de Zeus. ¡Caminen! —repitió con fuerza “El Mujik”—, ya cuando vayan al matadero harán el recuento de todas esas minucias y tonterías.

LA MARIPOSA Y EL PALOMO

La posada tenía un nombre célebre de la dominación romana en tierra santa: se llamaba "Mesón de Pilatos"; y no era por cierto punto de asnos ni guarida de arrieros, era una posada para caballeros de medianos posibles y hasta para arrancados con educación medioeval.

De estas posadas quedan muy pocas.

Los huéspedes, urgidos por la necesidad de buscar cuatro muros para albergarse y un techo para guarecerse, acudían al "Mesón de Pilatos" con la seguridad de antiguos parroquianos, aunque no con la certeza de un buen trato ni mucho menos con la seguridad de un lecho cómodo.

*

El portón de la entrada, de tableros gordos y recios bastidores, tenía la severidad de sus remaches cabezones y el pesado movimiento de sus bisagras de ocho pulgadas. A pesar de los años, se conservaba íntegro, inmune a la polilla, gracias a su herencia forestal de mezquite.

*

Quien entraba en el "Mesón de Pilatos" no podía menos que reparar en el reglamento lacónico que en letras de molde y de hollín rezaba:

1o.—Esta posada se cierra a las 10 de la noche y se abre a las 5 de la madrugada.

2o.—Se prohíbe meter pastura habiéndola en la casa.

3o.—No se admiten animales mostrencos.

Las cláusulas, como se puede apreciar, eran terminantes, muy terminantes, pero de dudosa obediencia, pues no todos los clientes

de una posada tienen la mansa disciplina de las ovejas, y así como hay muchos a quienes gusta trasnochar, también hay animales que sin ser mostrencos, se llevan muy mal.

*

Los cuartos estaban como en tapanco, dijérase como en un primer piso elevado. Hacia la parte frontera la habitación del amo, hombre de mucho abdomen y de pocas pulgas que sabía a qué atenerse y cómo había de arreglarse en cuanto se trataba de la posada.

Por debajo, huecos amplios y pisos de baldosas; las caballerizas y los pesebres numerados desde donde partía un tufo de estercolina en fermentación.

Ocupando el número cinco de aquel garage a la antigua, descansaban del diario corretear "La Mariposa" y "El Palomo". "La Mariposa" era una vieja carretela, una "Calandria" como dicen en Guadalajara; "El Palomo" un caballejo muy corrido de años, de colmillo chato, greñudo de la crín, pecoso de la piel, pero de mucha experiencia, muy conocedor de las calles, y sobre todo, muy ducho

para tomar el paso y dejar que el tiempo escurra.

*

Los caballos, según se cuenta, son animales de clara inteligencia y guardan inquina contra los asnos, quizá porque éstos tienen el ángulo facial muy estrecho. Por si no bastara los caballos llevan en los cascos el proceso histórico de muchos pueblos, como que en sus lomos cabalgaron las hordas de Atila y Alarico.

Estos nobles brutos odian a los asnos, por virtud de su clara inteligencia y de su fino sentido; desprecian a los rumiantes, así sean cabras granadinas. El caballo corre por la estepa con la cabeza en alto, luce al sol la seda de su pelaje, relincha y tira trompetillas con el mayor desplante a la fiebre aftosa.

*

En la penumbra de un amanecer "El Palomo" reprocha a "La Mariposa":

—¿A quién se le ocurriría ponerte "Mariposa", a ti que eres más negra que una urra

ca y llevas sarna en el chagré del capacete? Muy poca imaginación tuvo quien así te bautizó, porque, dispensa, tu figura es la de un batracio, algo así como la de una rana cuya fauce, amplia y desdentada, estuviera a la caza de mi amo el señor Sotero, para engullirlo y deglutirlo. Tus ojos vítreos y prismáticos son lánguidos y están enrojecidos por la llama de un mechero de petróleo.

—Mira, "Palomo", no empieces a insultarme, que hartó aburrida me paso el día a la vuelta y vuelta por esas calles municipales, sufriendo por todas partes las cuchufletas y rezongos de automóviles y camiones.

—¿Y qué? ¿Le das importancia a las habladorías de esos pachucos que dicen tener alma de caballo y no llevan más que peste de gasolina? . . . Para decentes nosotros, "Mariposa", nosotros que nunca atropellamos y que vivimos una época romántica y que fuimos por las rutas, a paso lento, despreocupados, sin prisas de ansiedad, sin raudas locuras; nosotros que saboreamos la miel de una etapa virgiliana y no la birria de una era donde chocan los más bajos apetitos y se anuncian las peores tempestades.

—¿Te acuerdas, "Palomo", de nuestros años mozos, cuando yo estaba nuevecita y tú eras casi un potrillo? . . . Salimos por primera vez y fuimos a la feria para llevar a los caballos a los niños de los esposos Arévalo. ¡Cómo me tironeabas! . . . Tú sonabas con claridad el hierro de tus nuevas herraduras, yo lucía el palmito de señoritinga engarzada en muelles de acero, en ruedas enlantadas, lubricadas con grasa amarilla. . . . ¿Te acuerdas, "Palomo"? . . . Nosotros arrastramos al templo de La Purísima a la hija mayor del señor Jefe Político el día de su boda. Tú llevabas en los arneses grandes alcatraces y en el collar un ramo de gardenias y yo en la frente y en los costados guirnalda de bolitas de hilo. El señor Jefe Político, majestuoso, luciendo el ixtle blanco de su barba, apoyando en mi tapete el bastón de puño de plata y ladeada sobre mi asiento la cola de la levita.

—Pero tú, "Mariposa", eres inquieta como todas las mujeres y te ha gustado el paseo a costillas de mi sudor. A mí me gusta el reposo del sitio, allá frente al mercado, y me divierto de lo lindo con aquel merolico que para atraer clientela saca de una caja a "Cirila", dizque para trabajar; y cuando ya se siente

rodeado de bobos, asegura con frescura de erudito que aquella víbora padece tos de muy variado matiz, seca, reseca, cascajosa; pero que siempre sanó chupando las pastillas que ahora les muestra y que sólo cuestan la ridícula suma de cien centavos, es decir, la miseria de un cochino billete de a peso.

*

“El Palomo” y “La Mariposa” empezaron a recordar a aquel cómico de grandes vuelos que se llamó Catarino Legorreta, y que muchas veces llevaron al teatro “La Opera”. Este hombre de tablas llenó toda una época por sus grandes recursos y sus chispazos de ingenio. Para Legorreta el vino era elíxir espiritual por donde se llegaba a la superación y al arte; en la escena y a falta de medias que hicieran juego con el jubón, se pintaba las piernas con sapolín del mismo tono.

*

“El Palomo” metió el hocico en el pesebre y cortando el diálogo, buscó y ramoneó, pero luego volvió la cabeza y la sacudió chasqueando las orejas como desagradado. Y es que el rastrojo enmohecido ya no le pasaba.

¡Si el señor Sotero le llevara alfalfa verde o algo concentrado, una pasta de cacahuete por ejemplo!...

*

“La Mariposa” y “El Palomo” iban a reír de sus propias andanzas y de sus chuscas aventuras; pero una voz sorda y aguardentosa se dejó escuchar:

—¡“Palomo”, “Mariposa”, al negro trabajo y al trabajo, negros!

Era Sotero, Maese Sotero, el auriga más atento y ceremonioso que se ha conocido.

“La Mariposa” guardó silencio y preparó la antena de su vara.

Sotero limpia con la sudadera los flancos del penco y luego, en tono persuasivo, le dice que el primer viaje será para el tequila y lo demás... bueno, lo demás, para el pienso y otros gastos ordinarios.

—¡Ay, “Palomo” —exclama Sotero— si no fuera por tu aguante, cuántas cosas me hubieran sucedido!...

COLI

Coli, el pato, era blanco como la nieve, con blancura de leyenda ingenua. Era garboso, y por los rizos de su cola pequeñita se desprendía la gracia, la majeza de las cosas con solera, animadas y perfectas. Era un pato pekinés con un fuerte maquillaje en las patas y en el pico que cargaba atavismos sajones. Con todo, estaba lejos del Pato Pascual, que parpa como desesperado y como un bobo comete los peores disparates ante los ojos de una chiquillería hambrienta de caricatura.

Y Coli fue un pibe. Lo trajeron de la granja por el capricho de Sergio, un muchacho alegre, inquieto como todos los muchachos. Era entonces un fino peluche amarillento que gustaba de la quietud. El tiempo lo tornó vi-

varacho y la luz realizó el milagro de su nítida blancura; su pico fue entonces como rosada paleta de crema y de fresa; los ojos brillantes y pequeñitos fueron entonces como dos rubíes engastados en la plata repujada de las plumillas de la cabeza.

Mientras no pasó del patio de la casa, la vida para Coli no tuvo contrastes. De tiempo en tiempo recibía la sorpresa de los halagos. Sergio, su dueño y amigo, gustaba tenderle la mano por el lomo y lo tomaba para estrecharlo entre sus brazos y derramarle toda una cascada de palabras cariñosas; pero Coli tenía mucho nervio y apenas si soportaba la miel de los halagos. Bajo el cobertizo podía meditar. Luego, sin prisas y con balanceos de gran señor, se dirigía a la pileta y allí plantaba la figura para remar con categoría de palmípedo. Por las tardes, en los días de fuerte modorra Coli doblaba la cabeza por el flanco de las alas, la reclinaba, y era entonces como una figura de alabastro clavada al suelo por una de las patas, mientras la otra avanzaba bajo el abdomen y se cerraba en pliegues, como una sombrilla rosa en el blando plumón hecho de seda.

La siesta de Coli se interrumpía por ruidos y guturaciones silvestres. Levantaba la ca-

beza, escudriñaba alargando el cuello como para localizar las estridencias. Coli ignoraba que muy cerca estaba el corral donde se criaban los más variados ejemplares de la domesticidad humana.

*

La vez que abrieron la puerta trasera del patio, Coli tuvo la sorpresa de su vida. Parado en el umbral observaba con cautela; inteligente como lo era, comprendió que aquello era otro mundo. Desde allí escuchó cómo un cerdo dejaba escapar el áspero clamor de su apetito y cómo un becerro lloraba la ausencia de la teta. Pretendió comprender cómo el gallo hacía la rueda y lanzaba guturaciones amorosas a una polla graniza.

Aquel era un mundo extraño donde se gruñía, se pateaba y se reñía por bagatelas. Todos aquellos animales de cría empezaron a acercarse tan luego como notaron la presencia de Coli, que parecía hundir su curiosidad hasta la penumbra de sus vidas privadas... ¿Quién sería el intruso?... ¿Qué quería el fisgón?... El cerdo avanzó con mueca de pocos amigos y con el colmillo al descubierto indagó:

—¿Quién eres? . . . ¿De dónde has escapado?

—Yo soy un pato.

—¡Ah, ya!, un pato, el mismo rey de la bobería, el mejor de los tontos, según me han contado.

—Y tú, ¿quién eres que tienes el aspecto de un indigente? —preguntó Coli.

—Yo soy un cerdo con toda la cerda.

—Pues te confieso que jamás había visto ser más ordinario y sabanero —repuso Coli.

—¿Sabanero? . . . ¿Quieres explicármelo? . . . ¡Pero no agotes mi paciencia! . . .

El gallo que escuchaba atento, batió las alas con fuerza y con ira mal contenida dijo al cerdo:

—¡Déjame dar su merecido a este deslenguado que así te humilla, a ti que eres el consentido de los humildes y la joya de los carniceros! . . .

Coli encogió el pescuezo y levantó la espátula de su pico. Luego añadió:

—Eres bravo y tu arrogancia tiene a la par el colorido de una estampa de acuarela.

—Pero... ¿Quién eres que así hablas?

—Ya he dicho que soy un pato y además un filósofo. Mi país está allá lejos, allá donde los grandes lagos azules ponen sus lunares en la tierra negra y humedecida. Un filósofo, para que lo entiendas, es un animal que contempla y medita todas las cosas de la sabiduría.

—Ya lo decía que eres un bobo cuando te dedicas a extravagancias de haraganes.

El gallo empezó a estornudar.

—¿Estas enfermo? —inquirió Coli.

—No; un catarro sin importancia.

—¿Pero tú, sabes enfermarte?...

—No faltaba más —contestó el gallo con tono de gran señor. Me enfermo y me curo

como persona decente y los medicamentos que uso se venden por unidades en las farmacias.

—Ya suponía también que, además de un tipo pintoresco, eres un ejemplar interesante por tus enfermedades —dijo Coli con sorna.

Una cabra negra se acercó chasqueando sus grandes orejas y preguntó quién era aquel tipo hecho de yeso y colorete.

El cerdo dijo a la cabra que era un bobo llegado del país de los pingüinos, un pobre iluso que a fuerza de ser holgazán había caído en la manía de ser pato y de llamarse filósofo.

—¿Y se puede ramonear ese yerbajo de la filosofía?

—Ramonearla es de lo más sencillo; digerirla es de lo más difícil para un rumiante como tú de tan escaso cerebro —contestó Coli.

*

—¡Coli!, ¡Coli! —gritó una voz aguda de niño—, ¿en dónde estás?... ¿en dónde te has metido?...

Unas manos levantaron a Coli y, sin poderlo evitar, la caricia de unos dedos regordetes le pasaron sobre el lomo, entre reproches melosos y arrumacos de halago.

—¡Oh, mi bonito Coli, creí que te habías perdido, creí que te habían robado!...

Y Coli, el pato, entre los brazos de Sergio, en el vaivén del arrullo, era como un niño blanco en la blancura de otro niño.

UN TIPO RARO

Cuentan que había sido rico, rico y bohemio y que aparte de vestir elegante, se había codeado con la crema de la sociedad. Puede ser cierto; pero don Benjamín está convertido en un tipo raro.

No se puede negar que a estas alturas los exóticos y los cinturitas tienen importancia sentimental. Pero don Benja es una auténtica rareza de principios del siglo. Es un hombrachón que con casi dos metros de estatura, podría pizcar con holgura la mazorca más alta de la variedad más encumbrada. Es feo por su rostro picado, por sus pequeños ojos maliciosos, por su cabeza aplastada, por su campanuda nariz hecha a los resuellos amplios, por su boca que se abre entre dos maxilares dig-

nos de un antropoide. Por esos caracteres físicos las gentes del vecindario se resisten a llamarlo Benjamín, y aunque sólo le hablan por don Benja, acá para el uso familiar le dicen don Benjamón.

*

Pero he aquí un contraste. Don Benja, a pesar de su apariencia monstruosa, es lo que se llama una "perita en dulce", por su cordialidad, por sus corteses maneras y hasta por su lenguaje desprovisto de ese tufo de ajo y de cebolla. Y es más, porque acostumbra una bata de dril color crudo que le da personalidad de artista. Las personas que no entienden de arte y a quienes importa un comino ese menester, lo tienen por un chiflado. Además, para que lo consideraran como tal, habría necesidad de que don Benja llevara melena y no ese resto de pelos hirsutos que lo hacen aparecer más hosco.

*

Los hechos son los signos elocuentes de la verdad y así lo deben entender quienes a la puerta de la casa de don Benja lean: "Benjamín Tirado, poeta y escribano". Y en otro cartel: "Se pintan retablos".

Efectivamente, don Benja escribe cartas de cualquier estilo, lo mismo comerciales que amorosas, en verso o en prosa, con estricto apego a los temas y siempre que el cliente se acomode al precio y le tome sabor al romance.

En los tiempos que corren los negocios y los bolsillos andan por los suelos y por otra parte, los amores modernos no son de cartas con palomita y manos entrelazadas, sino de pescuezo y rabadilla. Los escritos escasean y rinden poco. Más resultado económico producen los retablos. Pintar retablos fue para don Benja mera afición, y por la fuerza del tiempo, se convirtió en su **modus vivendi**.

Como se comprende, el arte pictórico de don Benja era algo así como un arte menor, un arte barato que le daba de comer. Sobre la hoja de lata se escurren los tonos sanguinolentos y los negros tintes de la tragedia. Los retablos de don Benja son el clamor de la clientela plasmado en colores de aceite. Por eso, si se pretendiera buscar el trazo angustioso del pincel de don Benja, se tendría que ir hasta el templo del Señor de "El Saucito" o a la capilla del Santo Desierto.

*

Con ciertas precauciones se podría llamar artista a don Benja; pero sin ellas, nuestro hombre es un huraño, un solitario que había enclavado su casa en el corazón de una barriada no muy prestigiosa, pero sí muy sonada, la barriada de "Las Delicias" en los suburbios de la gran ciudad.

Don Benja es un solitario demasiado hermético para revelar su origen y su pasado. Se sabía que había sido rico y bohemio empedernido, pero nada más. Las malas lenguas cuentan que don Benja tuvo amoríos y hasta había hecho vida marital con una tal Brígida, una mulata muy limpia, muy hacendosa, muy cumplida; pero que aquel maridazgo duró bien poco, pues las buenas cualidades no le quitaban a Brígida las muchas arrobas que llevaba sobre los lomos. Se contaba también que las mujeres le encantaban, sobre todo las flacas brucas de genio, y que en cambio repudiaba a las gordas sumisas, pero de mal humor. Brígida tenía cualidades negativas y suficientes para una separación.

Sea lo que fuere, don Benja vivía casi solo. El "Piscuintillo", un perro perdiguero rabricorto era su compañía. Este perro pintojo

y de hocico afilado no sólo era el amigo, sino el guardaespaldas de don Benja. El perro estaba en su papel. A pesar de su corta talla, enseñaba el colmillo en los trances de apuro.

*

Lo que no puede explicarse el vecindario es cómo este espíritu refinado del barrio mantiene un cerdo gruñón y exigente de raciones. Los murmuradores sacan de esa manía un principio de locura, pero no hay tal.

Don Benja quiere acumular sus excedentes numerarios y nada más propio que una alcancía de carne y hueso que le haga reeditar su dinero.

Las alcancías de carne y hueso son molestas y muchas veces negativas. Tal sucedió con el cerdo blanco de don Benja, todo por culpa de lo imprevisto, más bien de la fatalidad, porque los cerdos, aunque se alimenten de margaritas, no son inmunes al cólera. Y de cólera enfermó y murió aquel mimado animal.

*

En una plática mañanera, Simona, la ve-

cina del frente, preguntó a don Benja por el estado del animal.

—Mal, muy mal, Simonita; con decirle que ha perdido el apetito y parece que tiene mucha calentura.

—¡Qué lástima, don Benja! Y lo peor es que la peste se ha venido. ¡Dios permita que se le alivie!... Si el animalito se agrava, no lo vaya a tirar. De algo puede servir.

—Pero... ¿de qué le sirve un animal en esas condiciones?...

—A usted don Benja, para nada. A nosotros de mucho.

—Está bien, está bien... Si el animal se muere, cuente con él.

Y mientras Simona corre a atender la prole que allá en el cuarto berrea de lo lindo, don Benja entra en su casa un poco perplejo. Se sienta frente al caballete y sobre una lámina que tira reflejos intenta abordar el tema de un retablo que le encargaron. El "Piscuintillo", en actitud sedente, mueve la cabeza de

un lado a otro y contempla a su amo con extrema curiosidad.



Aquel cerdo a medio sebo murió a los cinco días. Don Benja tuvo escrúpulos y decidió tirarlo allá donde no fuera un foco de contaminación.

Nada tan grotesco como don Benja arrastrando al cerdo en las primeras horas del día. Sobre el rastro, el "Piscuintillo", como único cortejo fúnebre, desplegaba un trotecillo displicente. Don Benja volvió triste de aquella tarea fúnebre, pero hasta cierto punto contento de haberse librado de un cadáver.

Al pasar por la esquina la voz airada de Simona estalló en el aire:

—¿Qué sucedió, don Benja? . . .

—Simonita, es que se me hizo penoso regalarle un animal enfermo.

—¡Y qué le importa a usted don Benja! ¿No le digo? ¡Ni parece hombre! ¡Quién lo ve tan grandote! . . .

—¡Simonita, midá sus palabras, que se me va a acabar la paciencia!...

—Pero... ¡si usted me dijo que contara con el cerdo!...

—Cierto, pero ya le refiero que me dio pena; un animal muerto por enfermedad siempre repugna.

—¡Ah qué don Benja! Me admira que siendo una persona letrada no sepa que el fuego mata las plagas y la pudrición. ¡No me va a decir que mis pecados y los suyos se van a purgar en baño María!

—Pero, Simonita, si no es para tánto. El puerco era mío y creo que tengo derecho a hacer lo que me venga en gana.

—Sí, pero ya me lo había prometido... Y dígame, ¿en dónde lo tiró?...

—Pues dónde había de ser, en el pozo de los Charcos de Santa Ana.

—¡Ah que usted, don Benja! ¡Catarino, Catarino, hijo, corre a traer la reata, corre!...

Catarino, un muchacho flaco y pitañoso, pegó la carrera para cumplir el mandato.

Madre e hijo fueron de prisa y se perdieron por la vereda entre manchones de pirul y de mezquites.

*

Y volvieron con el cerdo. Simona aprieta entre sus brazos aquella su preciosa carga y ordena al hijo que limpie los cuartos traseiros al pobre animal. Simona lleva aires de gran señora por aquel rescate y rezonga palabras de reproche.

Al filo del mediodía y con un plato en la mano, Catarino, el hijo mayor de Simona, tocó la puerta de la vivienda de don Benja.

—Señor don Benjamín, aquí manda mi mamá esto.

—Está bien —contestó don Benjamín—, di a tu madre que muchas gracias.

El plato desprendía gratos olores de chicharrón y el "Piscuintillo" saltaba granjeando un bocado.

—No huele mal —se dijo don Benja—, y en tanto inspeccionaba el regalo, el "Piscuintillo" aullaba de impaciencia.

—Toma, "Piscuintillo", toma y prueba —y arrojó un pedazo que el perro tragó con voracidad.

—Probaremos nosotros también —musitó don Benja, fuertemente excitado en sus jugos gástricos—, después de todo, Simona tiene razón, el fuego purifica y hace sabrosos manjares de la propia carroña.

Y entre probada y probada, don Benja y el "Piscuintillo" dejaron el plato limpio.

LA BICHA

No fue el destino ni la casualidad lo que hizo que la Bicha y doña Petra se conocieran y trabaran amistad. Fue tal vez la ley que condena al menesteroso a vivir en el arrabal, en tugurios de mala muerte y en barrios sin adoquinado, sin luz y sin drenaje. Fue quizá la mala pata de tener derecho a la vida, pero no fácil acceso al vestir y a la comida.

En el callejón de "La Culebra" se conocieron la Bicha y doña Petra. Era una amistad dispar en cuanto a la edad. La Bicha frisaba en las doce primaveras. Este concepto primaveral se modificaba un poco en estas latitudes desérticas donde realmente la primavera resulta de polvo, de sol quemante, de paisaje

marchito y de un cielo que no gusta de nublados ni de brumas. Las primaveras de la Bicha eran así.

El mote de "La Bicha" se debía a la malquerencia de la muchachada del callejón de "La Culebra", todo porque a la mujercita le gustaba raparse y cubrir las abolladuras del cráneo con un rebozo negro. Por si no bastara aquello, la Bicha tenía un aspecto extraño con sus ojos abiertos, muy negros que, hundidos en los pómulos, la hacían aparecer como una pequeña bruja. La Bicha era triste, mustia, huraña; y es que la pobre criatura estaba cargada de obligaciones; tenía a su cuidado a los cinco hermanitos que tuvieron la gracia de nacer uno tras otro y después que ella y que eran una lindura de berridos y molestia. La madre se los encomendaba en ausencia, porque su trabajo de afanadora en una clínica no le permitía los cuidados maternos. Todo aquel que sepa de niños sabrá comprender los trabajos de la Bicha.

Doña Petra era una mujer tostada y áspera con más de sesenta años encima. El detalle de que ya había mandado al hoyo tres maridos, la pinta tal cual era. Su vida era una novela de lo más vulgar y la había puesto en

contacto con gente de la peor laya. Pero de todo eso ni señas en sus ojillos apagados ni en su nariz respingona ni en su voz melosa.

He aquí una amistad muy natural y con muchos nexos vitales y anímicos. A la Bicha no la querían los muchachos por bragada y maldiciente. A doña Petra la temía el vecindario porque sabía poner las manos en la masa y en la cara. Pero lo cierto es que las dos mujeres, la niña y la vieja, bregaban en condiciones adversas.

La Bicha llevaba un fardo de obligaciones por fuerza de su prioridad. Doña Petra echaba el bofe lavando ajeno y pegada al metate como una india desheredada. Con todo, la niña vegetaba y doña Petra resistía los achaques y los ayunos con resignación espartana. Y el milagro, la Bicha era inteligente, más viva que una ardilla. Doña Petra era algo curandera y lo mismo recetaba un buen brebaje que ponía en su lugar un hueso con sus milagrosas sobadas.

Cuando Petra ocupó la casa del lado, tomó la iniciativa; al fin mujer, se dio cuenta de que los padres de la Bicha eran sirvientes, que eran gentes seguras. Se dio cuenta de que el

padre era velador y jardinero en una casa de la Avenida. Un velador no lo concebía Petra sin aguardiente, pero tampoco quería decir que fuera un borracho. Era simplemente un hombre alegre que gustaba a diario llevar entre pecho y espalda lo que en buenos términos se llama una media lagartijera.

La madre de la Bicha, fuerza es repetirlo, era una mujer despreocupada, sin apego materno, pero muy dada al celo y a la pendencia de faldas. Era mujer muy pagada de su dignidad conyugal, pero que llevaba la maldición del vientre. Por eso no era raro que en el callejón de "La Culebra" su prole luciera la barriguita ahumada y las verruguillas y colgajes de su inocente humanidad.

Claro que para un compendio del deber en rústica, los padres cumplían con sólo ver a los hijos por la noche y prodigarles sendos jarros de café negro con tostadas. ¿Qué más se podía hacer en tiempos de penuria y luego para tanta boca?... Doña Petra comprendió que en aquel naufragio de familia, la Bicha llevaba la peor parte y una remota compasión le subía al pecho.

Al obscurecer venían los apuros para la

pobre Bicha. La familia menuda se desparra-
maba en gritos y lloriqueos y el que no tenía
hambre, tenía sueño o las dos cosas. Y aquí
es donde la Bicha, como vieja loba de mar,
sorteaba la marejada de aquella chusmita ig-
nara.

El miedo se apoderaba del corazón de la
niña. Miedo a la obscuridad, miedo a las som-
bras, miedo a los espantos.

—¡Doña Petra, doña Petra! —llamaba la
Bicha a la puerta de su vecina—, ¿me regala
un cerillito para ver si encuentro el cabo de
vela que sobró anoche? . . .

—¡Hum, hija!, deja ver si tengo por allí
una cabecita.

Y la chica esperaba la vuelta de Petra.

—Toma, hija. ¿Qué, no ha venido tu
madre? . . .

—No, doña Petra; será después de las
diez.

—Pues anda, hija, y no tengas miedo,
que yo estoy al pendiente.

—No crea, en la casa espanta y se oyen muchos ruidos.

—Tonterías, tonterías, hija. Los únicos espantos son los vivos. Figúrate que cuando vivía por el rumbo de Tlaxcalilla se me apareció uno.

—¿Se le apareció uno, doña Petra?

—Sí, hija. Yo estaba esperando a mi hijo en la cocina. Remendaba unas garritas. Iba para las doce cuando escuché ruidos en el corral. Pensé que serían las gallinas. A poco escuché pasos y de pronto un quejido sin mucho aliento. Me entró miedo y empecé a rezar. Por las dudas tomé un leño que me servía de tranca. El quejido se repitió con más duración. Sin levantar la vista pregunté:

—¿Quién eres? ¿Eres de este mundo o del otro?... —y una voz apagada me contestó:

—¡Soy del otro!...

—¿Por qué penas?... —y el aparecido dijo que debía una manda.

—¿Y qué hizo usted doña Petra?...

—¡Qué iba a hacer!... Despaché el muerto al demonio y en lugar de rezos le solté una sarta de maldiciones y lo amenacé con el garrote.

—¡Ay, doña Petra! ¿y no está arrepentida?...

—¡Qué voy a estarlo!... ¡Bien está que los muertos descansen en el otro mundo, pero que no vengan a echarnos compromisos!

—¿Y luego, doña Petra?...

—¡Ah!, te diré que los muertos sólo son buenos con dinero. Si te dicen dónde está guardado y ya te toca... ¡bueno... siquiera pagan el susto!... Pero esos muertos que vienen con su domingo siete de que están en deuda y que quieren que uno la pague... ¡eso sí que tiene gracia! ¡No paga uno sus cochinas drogas y va a pagar las ajenas! Y luego, ¿de dónde?...

—¿Y el muerto qué hizo, doña Petra?
—inquirió la Bicha vivamente impresionada.

—¡Pues que había de hacer, muchacha!, largarse. Al poco rato oí nuevas pisadas y el golpe de brincos por la barda.

—Entonces, ¿era un vivo?...

—¡Pues no te lo dije, tonta!... Un vivo aparecido que me dio un buen susto y que no se fue limpio, pues mientras él hacía el papel, otros mañosos se llevaron las cóconas que iba a vender para remediarme ahora en la Navidad.

—¡Ah... vaya! —exclamó la Bicha—. Bueno, doña Petra, gracias por el cerillito; ya los muchachos se durmieron y...

—No te vayas, hija; déjalos mejor allí. Siéntate. Desde aquí los cuidaremos y te haré compañía.

Y la Bicha y doña Petra se sientan en cuclillas. Dialogan como buenas amigas y comparten con palabras su miseria y su infortunio en la espesura de una noche estrellada.

EL ALABADO

El vecindario ya no recuerda a don Nicho, y sin embargo, su figura pasea por las calles, se dibuja en las fachadas y ambula cautelosa por los techos, porque don Nicho fue albañil y en todas las casas estuvo su mano, mano que no fue de media cuchara, sino cabal y al hilo de la plomada.

No cabe duda que los albañiles son tipos groseros, ásperos a fuerza de tratar con adobes y materiales brutos. Sí, los albañiles son tipos ordinarios, pero los más pasionales. No hay sobre los andamios seres más alegres ni en los dominios de Cupido entes más eróticos.

Don Nicho fue un contraste. Menudito y de baja estatura, mostraba humildad en su

rostro quemado, en sus ojos desmesuradamente abiertos, en su nariz corva y en su piochita a la caprina.

Con los brazos cruzados, era como un penitente, parecía un resignado que hubiera decidido aceptar todas las contrariedades de la existencia. No cabe decir que don Nicho fuera alegre; más bien era un pobre enfermo de melancolía. Raras veces dejó asomar la sonrisa y raras veces también dejó al aire el largo mechón de su lacia cabellera. Un fieltro negro a manera de hongo era el tocado que lo hacía más pequeño, más insignificante.



Don Nicho tenía un hijo, Isabel, su Chabelo, como él lo llamaba. Este Chabelo era una prenda; de escasa mentalidad, pero una bolsa de mañas y de malos hígados. Sin embargo, era el todo afectivo del albañil, su compañero, su amigo, su peón y su cocinero. Cierro que don Nicho pudo llevar con el oficio una vida modesta y decorosa y que hubiera podido dar buena educación al hijo; pero había nacido pobre, sin aspiraciones; huérfano prematuramente, viudo después. Rota su ilusión,

se entregó a la borrachera e hizo de su propio hijo el camarada de juergas y parrandas.

*

Don Nicho había recibido en herencia un solar en el mismo barrio. Y había levantado un cuarto que no le aventajaba en altura. Era la alcoba donde se dormía la borrachera, donde se descansaba de la tarea y de aquel vivir fracasado y miserable. El cuarto era la alcoba de invierno. En cuanto la noche adelantaba y el frío se hacía más cortante, padre e hijo se encaminaban al solar, empujaban la puerta de ramas, y ya en el chamizo, se hundían en un montón de trapos viejos, tal como si se perdieran en un mar de desperdicios.

La estancia de verano era otra cosa. Bajo una higuera de hojas anchas y recortadas, aquellos dos seres se tendían y con sus vidas carcomidas por el vicio y el ayuno, tomaban el aire fresco y se dormían en las noches espléndidas de junio. Don Nicho compartía con su hijo del mismo plato, del mismo lecho y del mismo infortunio.

El albañil, así de hurraño, cultivaba amis-

tad con un viejo flaco que vestía camisa y calzón de manta trigueña y a quien apodaban "El Gitano". Este vejete era como una yesca atada en la faja, era como el censor de aquella pareja, un gorrón a manera de catador. Al caer el sol, "El Gitano" se hacía presente y todo en la obra terminaba con la mayor premura; don Nicho se fajaba la cuchara y Chabelo escurría el nivel por la cadera. La cuchara y el nivel eran los valores de reserva por si faltaba numerario y los tres se encaminaban a la piquera de Leandra.

*

Chabelo llegó a la mayoría de edad. Además de un holgazán, era un pícaro de tamaño rumbo. Se sentía muy hombre, y como todos los bribones, pedía, exigía al albañil la parte de su herencia; pero don Nicho se escudaba con el plazo de la muerte. Chabelo insistía amenazante; quería la venta inmediata del solar, y como los padres atienden razones sentimentales, don Nicho enajenó el solar y con cierta decepción guardó los billetes de la venta en una libretilla de apuntes. A Chabelo le brillaron los ojos saltones y el relámpago de una idea estalló en su mente de cretino.

Aquella vez Chabelo no fue a la taberna. Esperó en el solar. Don Nicho llegó tambaleante, entró en el tugurio y a poco dejó escapar las estridencias del ronquido. Chabelo sacó del viejo chaquetón de su padre la libretilla que guardaba los billetes y huyó por rumbos opuestos.

El dinero no caló al albañil tanto como el abandono. Al fin el dinero era todo para el hijo; pero... ¿dónde estaba su compañero, su brazo derecho?... Por más que don Nicho se daba a las cavilaciones no llegaba a entender los motivos de aquella huída. En fin... ya volvería... Aquello no valía la pena, no era para tánto...

*

Don Nicho ya no es el mismo, ya no trabaja. Vive en la calle y de la limosna de los vecinos. Camina a la vera de los cercados atento a no se sabe qué cosas, tal como un demente. Con la cabeza gacha, semeja un espía; una tos seca lo convulsiona y lo detiene. El decir de las gentes es que a don Nicho se le ha colado el espanto "Meco". El espanto "Meco" se estaciona en los pulmones y no

hay poder ni conjuro que lo ahuyente. Inútiles han sido los sahumeros de Claudia, la vieja bruja y yerbera; inútiles las barridas con ramas de pirul al filo de mediodía, inútiles los brebajes y pócimas. Don Nicho está poseído y el espanto "Meco" es obra de Lucifer, que escoge para sus víctimas a los seres que viven en los ruines y miserables confines de la vida.

*

En una noche del mes de enero, en una cocina, entre los tapiales, don Nicho está tendido en el suelo, sobre una cruz hecha de cal y a la luz de un cirio parpadeante. Su rostro quemado pasó al amarillento; de sus pómulos, de su nariz, de sus cerrados párpados, se despiden el tinte blanquecino de la muerte.

El vecindario fue piadoso con don Nicho y le prodigó en la muerte vestido y zapatos.

La noche del velorio acudieron las mujeres y los amigotes de taberna. En un arranque sentimental y a la voz de: "¡Dios lo haya perdonado!", se cantó "El Alabado". "El Alabado" es un canto lúgubre, atormentado y trágico, pero muy efectivo para encaminar las

almas por los rumbos del más allá. En la madrugada de otro día, las notas doloridas de aquel canto salían como de ultratumba.

*

Atontado por una noche de parranda, Chabelo, el hijo de don Nicho pasaba de largo. "El Alabado" se escuchaba por rumbos cercanos. Chabelo aguzó el oído y pudo localizar el sitio:

—¡Ah, sí!, por la Tenería, entre los tapingales.

Para Chabelo, un velorio era un festín de café y aguardiente. Fue hasta allá, al mismo sitio donde don Nicho, su padre, estaba tendido.

Entre la penumbra, Chabelo trató de identificar al difunto.

—¡Pobre! ¡Ya le tocaba!... —musitó.

Pero... ¿en dónde estaba la compañía?... ¿de dónde habían salido las voces de "El Alabado"?... Y los dolientes del muerto, ¿en dónde diablos se habían metido?

Despegando las manos del marco de la puerta resolvió seguir su camino. Una última mirada al muerto le hizo reparar en que estaba calzado con botines nuevos. Un poco suspenso se detuvo. . . Reflexionó que los muertos no necesitan ir calzados para vagar por el otro mundo. Con torpeza entró a la cocina, y dando la cara al muerto, procedió por fin a quitarle los zapatos.

*

Chabelo emprendió la marcha hacia su guarida, y con el par de zapatos bajo el brazo, se fue pensando quién sería el difunto. . .

EL DOMADOR

La gente sencilla tiene la más favorable opinión de los domadores. No podría ser de otro modo, ya que siempre son dignos de admiración no ya los que someten a las fieras, sino también a las bestezuelas. Chicos y grandes se encantan ante el pobre diablo que domestica a una ardilla o ante el cabo que somete a un pelotón, porque en los dos casos hay don de mando y hasta cierta sabiduría para manejar la clave de la obediencia.

La simple palabra domador se impone con presiones contundentes y exige, además de gran coraje, casaca de raso, puños de encaje, botas de charol, pistola y un látigo que tire al aire su maldición en la espiral de una rabieta.

Bien puede suceder que se trate de una domadora, de una mujer vestida de amazona, con ojos claros y de linda cara. Entonces, cómo cambia el sexo, la expectación se vuelve cosa de encantamiento y de milagro. En este caso y dentro de un razonamiento alambicado, sobraría el látigo y todavía más, la pistola. Las fieras se pondrían galantes y a la altura de un cortesano, y con una mirada de tan claros ojos y con una sonrisa de tan linda cara, no sólo se humillarían, sino que dejarían de bufar y de enseñar el colmillo de tan fea manera. Aunque bien pensado, las bestias están fuera de las argucias de la razón y por otra parte resulta imposible someter el instinto a las modalidades de la gente decente.

*

El domador que conozco no lo es con toda la barba, porque no tiene la catadura ni la vestimenta que lo hagan aparecer como tal. Es un hombrecillo insignificante como su propia estatura; es seco y arrugado tal como un higo añejo y sin mieles. En las órbitas hundidas brillan las chispas que iluminan la niebla lechosa de sus ojos; bajo su nariz corva, un escobellón de pelos marca el límite de la boca, hundida y marchita. El hongo con que cu-

bre la cabeza, la guayabera y los zapatos rotos, hacen de su persona la paradoja risible de un domador de postín.

Sin embargo, Fidelito, que así se llama este domador, es una persona afable, un hombre de buen humor que comparte su palabra con todos los vecinos. La esquina que hace la fábrica de cigarros "La Fama" perdería su sello peculiar sin la presencia de Fidelito. Toda persona que pase por el rumbo, tiene que reparar en la figura del hombrecillo que oficia de domador y de mago. Allí instala su escenario, una mesilla trípode, una jaula con tres verdines y una charola metálica y rectangular que guarda los papelillos donde están escritos los destinos, como en el proverbio árabe.

*

Los transeúntes pasan y se agolpan. Fidelito charla y cambia lisonjas con una pollita de buena figura que vende jamoncillo y nogadas; suelta bromas de color subido con un muchachón que vende pomada para los callos y la pregona como una maravilla. Los burlones y los incrédulos hacen mofa de la mercancía diciendo que la tal pomada es capaz de arrancar el dedo, pero sin quitar el callo. Fidelito

es una persona amable que encontró su pluma de vomitar en los falsetes de un gritón que expende coco de agua y que estridula sin la sal y sin el limón con que adereza su mercancía.

¡Y lo que son las cosas! Fidelito, además de invitar a los viandantes para que pongan en tela de juicio su destino, engarza las cuentas negras y la cruz de hierro de los rosarios de su manufactura. Si los clientes se acercan y piden turno, Fidelito anima a los pájaros y oficia dentro de la más estricta liturgia. A los hombres se les puede tener a pan y agua. A los verdines de Fidelito con el agua basta, y el pan les entra al buche cuando lo desquitan y se portan con el mayor esmero. Un grano de alpiste es el estímulo y el único truco de Fidelito. Por un grano, los verdines pican, sacuden y dan vueltas al papelillo de la suerte.

*

Fidelito vive de sus pájaros y de los rosarios que fabrica. Su doble carácter de domador y de mago lo hacen simpático a la gente sencilla, y como la gente sencilla no se adelanta a metafísicas, se contenta con el texto de los papelitos que auguran riqueza, salud,

matrimonio con mujer hermosa, buenos negocios, sin los cuales la vida valdría menos que el grano de alpiste con que Fidelito paga la gracia y sabiduría de sus verdines. Y así la pasa el hombre, graneando monedas, dando esperanzas a los vencidos, a los crédulos y a los pobres de espíritu.

*

Todo eso está muy bien; pero resulta que en los últimos tiempos el truco y la magia de Fidelito han ido a menos. Esta decadencia tuvo serias repercusiones la noche del último sábado en que Fidelito, como de costumbre, rindió las cuentas hogareñas. Cástula, su mujer, es una señora mandona y sañuda que no admite peros a la hora de la verdad y del semanario.

—Mira, Fidel, no me vengas otra vez con cuentas alegres ni mucho menos con esa leyenda de hospital en que el enfermo no quiere comer ni hay qué. ••

—Viejita, no seas mal pensada, te aseguro por mi madre que nada escondo. Si me metes las manos en los bolsillos no encuentras ni para cigarros.

—Entonces, ¿los rosarios?...

—Te juro, mujer, que no vendí más que dos. Y eso ya fue mucho. Si vieras que la gente ya no quiere rezar en cuentas de madera. Quiere filigrana, perlas, marfil, oro, plata...

—¡Ya, ya, ya! No me eches letanías. ¡Cochinos rotos!... ¡Presumidos, pero con el pecho vacío!... ¿Y qué vamos a hacer para ajustar el diario?...

—Ten fe, viejita. Ya verás cómo en los días de la feria nos reponemos. Ya sabes que llegan muchos fuereños y... anda, no desesperes. Con la bendición de Dios y mis animalitos, palabra que nos aliviaremos.

Y con promesas en un tono mesurado y dulce, Fidelito desvió como por encanto la trayectoria de una tormenta.

*

El domador de pájaros es un hombre sensible y no pudo conciliar el sueño. Pensaba en sus verdines, tan dóciles, tan apacibles, tan dispuestos a su mandato.

Pero qué... ¿no iba a someter a aquella mujer a sus posibilidades?... Y esta idea le bailoteaba y le bailoteaba en el cerebro con ritmo incierto y grotesco. La verdad es que Cástula había sido siempre una hembra que no tragaba el anzuelo de la zalamería, toda una hembra que por "quítame allá estas pajas" se volvía una fiera.

Fidelito cerraba los ojos como para soñar. ¿Y si lo intentara?... Pero aquel impulso de su voluntad era en vano. La amenaza, el látigo y la pistola, son utilería de circo y Fidelito tan sólo disponía de la magia prodigiosa e inútil de un grano de alpiste.

EL JEFE POLITICO

He leído historias de alcaldes, y de alcaldes arbitrarios, cualidad inherente a esos funcionarios sin la cual perderían la sal y pimienta de su actuación. He leído la historia del alcalde de Lagos, el de la inscripción célebre en el puente del mismo nombre; he leído la de aquel alcalde que por una mordida de doscientos pesos no ordenó que se exhumara el cadáver de un burro que su dueño había sepultado clandestinamente en el Panteón Municipal, y he leído también la del implacable alcalde potosino que condenó a multa y prisión a aquellos malandrines que trajeron a mi ciudad la primera tambora y armaron el escándalo allá por el Jardín de la Merced. Pero nunca había leído anécdotas de jefes políticos. Sabía que fueron los instrumentos de go-

bierno más odiosos del porfiriato, pero nada más.

Hace poco encontré un cuadernillo anónimo en lo que se llama aquí "Línea de Fuego". El precio de un veinte me pareció bico-ca frente al contenido. Es probable que el autor haya sido algún chusco a quien le importaba cerilla la preocupación del mundo.

En el cuadernillo narra con el mayor desenfado la vida y milagros de un señor Jefe Político.

Se trata de don Serafín de la Correa y Pajuela, Alcalde Mayor de la ciudad de Te-cuán, enclavada en el árido y resignado valle de Santiago. El autor lo conoció en persona y refiere que era un hombre chaparrito y delgado, perspicaz como su nariz afilada, agudo como sus penetrantes ojos claros, distinguido como su piel de criollo y severo como su pio-chita a la caprina. Todo en don Serafín era distinguido: su levita negra, la corbata de mo-ño que hacía silueta graciosa en la pechera almidonada de la camisa. En la mano izquierda un solitario tallado en rosa despidiendo chispas y sujeto en la derecha el bastón de mando tallado en plata. Un hombrecito fino en la ex-

presión y en el saludo; muy ladino en sus funciones. Tal era el hombre, amo y señor de la resignada Tecuán.

Como funcionario de alcurnia tenía una serie de segundones y ayudantes. Era casi el dueño de la policía y lo mismo podía mandar a la chica que a la grande al borrachín de "El Chubasco" que al raterillo del mercado. Calificaba los delitos, imponía las penas y las multas y formaba con sus allegados la comparsa para adular al gobernante. Era el hombre clave de su tiempo.

Si se trataba de aprehender a alguien, llamaba al "Aguacate", el sargento de la policía, un hombrachón de color moreno subido, que por su aspecto era vecino de los primates. Un orangután de feos modales que al aprehender a un delincuente le decía ásperamente: "Camina, hijo..." y lo arreaba a garrotazos. Dicen que tenía olfato de sabueso y que criminal que rastreaba, amanecía en la cárcel. Ya se comprende que los borrachitos eran para el sargentón carne y pulpa de melón.

Los lunes de cada semana y a las siete don Serafín se presentaba a la calificación y a medida que pasaban los infractores frente a

la mesa, exclamaba: "¡A la Peni! ¡Multa! ¡Al paisaje! ¡A picar piedra!" Todas estas expresiones eran valor entendido.

Explica el autor del folleto que ir al "paisaje" era una de las penas más benignas y el hombre encargado de que se cumpliera, o como si se dijera el "Maestro del Taller", era el Cabo Carrillo, muy amable y ceremonioso hasta para decir las peores insolencias. "Hijitos, decía a sus pupilos, tomen sus pinceles (escobas) y sus paletas y por el flanco derecho, marchen". Y sin chistar palabra caminaba todo aquel atajo con rumbo a la Plaza de Armas. Comenzaban a barrer las banquetas del Palacio de Gobierno, los andenes del jardín fronterero y el kiosco por añadidura. En esto de barrer o de "pintar paisajes" el Cabo Carrillo era un entendido. Todo aquel aprendiz que dejaba lagunas en el adoquinado, era reprendido con el mayor comedimiento: "¿Quién te enseñó a barrer, hijito?", preguntaba el Cabo Carrillo con tonos de dulce reproche, y el aludido, que era un reincidente, contestaba con halago: "Pues... el Cabo Carrillo", a lo que aquél replicaba: "¡Ah que Cabo Carrillo tan pen... que toma el rábano por las hojas!"

Picar piedra era una tarea ingrata. Los penados a ese menester se dirigían a la sierra armados de cinceles, marros, picos y palas. De sol a sol repiqueteaban los martillos y el eco repetía con insistencia la monorritmia de la dura labor. Se trataba del material de la presa en construcción para dar agua a los sedientos moradores de Tecuán. Y es por eso que, cuando se vendió por primera vez la obra a un señor Conde, muchos de los vecinos de Tecuán se amotinaron frente a la Jefatura Política para protestar por la venta, pues estimaban que era la presa no sólo el producto de su trabajo, sino del sudor y calosfríos de sus parrandas.

El señor Jefe Político, con su acostumbrada calma los mandó a paseo, diciéndoles que para purgar sus penas no los iba a llevar al Paraíso ni iban a recibir el salario de su inocencia; que aquello era cuestión de decreto y no de su incumbencia y que además, para que lo supieran de una vez por todas, el Erario Público no iba a aliviarse llevando al Monte de Piedad todas sus camisas piojosas.

El autor del cuadernillo celebra la habilidad política de don Serafín de la Correa y dice el muy zumbón que no por algo tenía la

Jefatura. Todos los casos electorales que se le presentaban los resolvía sin demagogia y sin miramientos de partido. Llamaba con atentos recados a los Jefes de Manzana, a los Mayordomos de Cuartel, a los Inspectores de Barrio y a los polizontes de turno. Después de los cumplidos y reverencia, hablaba con la sencillez del que sabe que los zapatos, aunque aprieten, tienen que entrar por la buena o por la mala. "Muchachos, decía, el Sr. General Díaz quiere seguir aprovechando las altas prendas administrativas, morales y de saber de nuestro actual gobernante, el Sr. Lic. Faustino Meléndez Socarra, y en ello, todos estamos de acuerdo, ¿no es así?... " y el silencio del servilismo inundaba el recinto de aquellos convencidos. "Entonces, agregaba don Serafín, vuelvan a su jurisdicción, orgullosos de su ciudadanía y seguros de la paz y tranquilidad de que gozamos. ¡Ah!, y no olviden que de corrientes para afuera, que viva el señor Jefe Político y que de corrientes para dentro, que viva el señor Gobernador".

LA MOJINA .

La gallina de mi cuento no era ni la sombra de aquella gallina de los huevos de oro. Aquella fue leyenda absurda, creación medieval hija de trasmutaciones dislocadas. Mientras aquella tuvo entrañas de metal y su oviducto, como cerbatana, arrojó al nido enormes pepitas de su tesoro, mi ejemplar tenía huevera auténtica y era toda ella de carne y pluma. Además, la gallina de los huevos de oro no tuvo un dueño menesteroso; su propietario fue un judío cuya avaricia hubiera sido capaz no sólo de agotar la vida de un volátil, sino el mismo calor solar.

*

Mi gallina no tiene leyenda, porque una

gallina corriente no puede ocupar la fantasía de quienes gustan hartarse de quimera; los caballeros del ideal no gustan loar a tan cobarde animal; la cobardía no es de gentiles que llevan espada y chambergo. Un avicultor capacitado no encontraría en ella las excelencias de raza alguna, ni cresta de rubí, ni patas amarillas, ni abdomen combado; sería un fracaso rotundo en cualquier exposición; pero... ¿en dónde encontré este ejemplar?... ¡Ah!, sí... en una casa pobretona y vulgar. Todos los días por encima de una barda carcomida por el salitre la veía, la veía fea. Era zancona, de obscuro plumaje y de ojillos africanos; su cresta era un moretón, un golpe contuso; el cuello era sencillamente ridículo, tan largo como un sermón de cuaresma, tan flaco como una longaniza. Sin embargo, formaba parte del harem de un gallo chaparro y espolonudo, cantador y sarnoso. Estaba confundida entre cerdos gruñones, entre burros estoicos, entre conejos libidinosos, entre perros de baja alcurnia con títulos de duques y sultanes.

Gustaba por las mañanas rascar sobre estercoladuras, picotear en las paredes, correr tras alguna mosca. Como buena fea, tenía su gracia: cacarear. Era en verdad una delicia oírla cacarear; no era el cacareo del que tiene

la barriga llena, sino el barrunto de la anunciación, la señal inequívoca de la postura. En un ir y venir desesperante buscando mullido lecho, tomaba briznas y popotes, arrojándolos con tiento a un punto imaginario; buscaba la sombra que escondiera su ya habitual parto. Entonces sus ojillos tomaban un poco de brillo y su cresta parecía azulenca. Cacareaba y cacareaba con tesón hasta enronquecer.

*

—¡Escandalosa! —gritó tía Juana.

—No sé por qué guardas tantas consideraciones a esa prieta que traga maíz y no rinde producto —arguyó duro y tacaño don Néstor.

—Déjate estar, que un día de estos le tuerzo el pescuezo y la mando a la cazuela —replicó la matrona.

“La Mojina” callaba (y sobra decir que por miedo). Hasta cierto punto la amenaza le tenía sin cuidado; le llamaban infértil y glotona; pero... eso... ¿qué importa?...

*

Con ser pobre aquel hogar, no se puede decir en rigor que el producto de una gallina mermara el presupuesto casero; un simple huevo no pesa en la balanza económica. Pobre y todo, había lo suficiente para dar de comer a los amos y parásitos que los menestrales imponen: al gato remilgoso que perdió sus instintos de felino y no quiere alimentarse con carne endiablada de ratones, a los perros que por su título sólo apetecen filete, a la cotorra estúpida que rompe los oídos con su charla en Re Mayor, a los gorriones afeminados que cantan en falsete y tiñen de amarillo sus cuellos.

Una torcedura de pescuezo es cosa muy grave y muy a la mano; pero a "La Mojina" no le inquietaba. Después de todo, ese sería su triste final.

*

En la casa contigua doña Nicha se lamenta de los tiempos y de la situación; envuelve su cabeza en una jerga y se cuida del aire, del aire que agrava la punzada que le aqueja. Frente al fogón que arroja humo áspero y sofocante, ordena a su hija que sope y atice. Su hija, la Emilia, es una damita en botón;

con otros trapos sería más que bella, hermosa. Lo dicen a las claras su tez morena, el pelo color de obsidiana, el talle grácil, los ojos cuyos destellos se atenúan en la sombra de unas pestañas caídas.

Doña Nicha confecciona las tortillas del día; golpea la masa, moja unciosamente las manos en el agua de una cazuela, después aplaude y tira el disco en el comal ante los ojos irritados y llorosos de la pequeña. Doña Nicha quedó viuda hace mucho tiempo y atribuye su desgracia a la Revolución. A Santos, su marido, le dio por la milicia y cansado de la tiranía se fue con don Venustiano a la guerra, y como a la guerra fue, en la guerra se quedó.

*

—Hija, mira si la gallina pasó —ordena doña Nicha.

La mozuela de los ojos negros y de la cara morena espía hacia la pared frontera.

—¡Mamá! —exclama—, la gallina se asoma.

—Pues déjala, no la espantes.

*

El cacareo sigue rumboso en el corral vecino, "La Mojina" se asoma impaciente por un agujero hacia la casa de doña Nicha. Asoma la cabeza, vacila, se cuela al fin. Allí cerca está el nido que nadie puso y que ella formó, un cántaro rajado que luce todavía el bermellón de la cochura. Allí está la sombra que busca, la que ha de ocultar su íntima verdad y la indiscreta blancura de su huevo. Sigilosamente voltea y camina; franquea la boca del cacharro y de un brinquito se mete. Lo encuentra cómodo, confortable. Se echa y describe círculos en cuclillas, se arrulla con voces entrecortadas y ledas. Al filo del mediodía sale discretamente y como de puntillas; llega de nuevo al solar donde la llaman glotona e infértil.

*

La mozuela grita:

—¡Mamá, mamacita, ya puso!

Doña Nicha recibe la nueva con una sonrisa y ordena con ademán de gran señora se lleve el producto de contrabando a la tienda

del abarrotero Fabián. Fija de antemano el precio de la mercancía.

*

Doña Nicha ya no se queja ni de la punzada, ni del tiempo, ni de la situación. La postura de "La Mojina" le trajo bonanza y el simplismo de la pobreza que se resigna con poco. Está alegre, contenta. Bendice a Dios por costumbre y a "La Mojina" por rendido agradecimiento, por su limosna, por comprensiva, por el negro café que tanto gusta a la mozuela y por la parafina que las alumbraba en las noches siderales y profundas de su integral miseria.

EL SINCOLO

Ser libre, como el pájaro que vuela, es la suprema aspiración del hombre. No sé qué puedan decir los pájaros del hombre que los mantiene en el cautiverio.

Los pájaros y las flores son temas muy sobados, pero de una atracción poética inevitable. Si se dice que el sinsonte toca su flauta mágica en el mezquital, no decimos nada nuevo, pero los trinos y falsetes nos llenan el pecho de un tibio y dulce placer.

Tampoco decimos nada si se expresa que albean los capullos y sangran los botones. En los dos casos se adentran en nuestro corazón la discreta luz que arrulla nuestro sueño o la llama del amor que se apagó en el imposible.

La afición de aprisionar pájaros y de cultivar rosas, me parece, es manía de viejos amargados que, habiendo perdido su ilusión, pretenden resucitarla en seres y cosas que tienen la ingenua filosofía de lo sencillo y trivial.

Un amigo mío, cuyo nombre callo por no ser indiscreto y cuya edad no digo por cristiana piedad, tiene ese lado flaco a que me refiero y me cuenta los alados incidentes de lo que él llama su "pelota". Se dedica a la crianza de periquitos de amor. Me dice que son los pájaros más lindos, muy lejos de los tiñosos pájaros de cuenta. Me refiere que conoce sus hábitos y que está convencido de que esos trepadores le montan al más pintado en cosas del amor, porque de veras son eróticos, dignos de su nombre y más galantes que un cortesano de la época de los Luises.

Francamente mi amigo chochea y su corazón es un tamalito de azúcar al vapor. Hace poco compró, por lástima, un ejemplar de co-torrito que es todo un tío por su fealdad. Tiene el pico mellado, los ojos amarillos y se carga unas orejas... que son el vivo cochambre de alguna pobre cazuela. Con el plumaje tor-dillo rodado, recuerda la frialdad de la ceniza.

Esa criatura es una tragicomedia de pico y plumas; de las alas sólo tiene los cañones y la cola es un prelude en el extremo del cuerpo rojizo y desgarbado. No tener alas es la peor desgracia que puede ocurrir a un volátil, pues ello significa vivir a saltos medrosos y desesperados; no tener cola es haber perdido el timón para virar por los rumbos del espacio.

Mi buen amigo me asegura que pronto vendrá la recuperación de "El Sincolo" y que nada le faltará entonces para ser un buen mozo. Pero pasa el tiempo y la recuperación no viene; sin embargo, "El Sincolo" vive en la colonia y la pasa mal, porque todos lo ven no como a un camarada, sino como a un espantajo de la peor rosticería. Con razón. En la parvada hay gente de la nueva ola, que viste de azufre en flor y canta en marimba baladas salvajes de amor y de sexo; hay cada hembra que la que menos se pinta, lleva ojeras a lápiz y atuendo satinado con azules de cielo húmedo.

"El Sincolo" es un mutilado que trepa y baja con dificultad por la jaula. Allí donde todos vuelan, él salta como un claudicante y come las sobras de los audaces y de los que se precian de bien dotados. Este tarado de "El Sincolo" vive y dormita en la percha más alta.

Desde allí tararea los ritmos cortos de su profunda tristeza.

“El Sincolo” sueña. Soñar dormido es un hecho vulgar; soñar despierto es delirio y locura; pero cantar soñando ya es cosa de poetas; el poeta canta su ilusión y tal vez en “El Sincolo” rezuma el dulce veneno de una quimera.

“El Sincolo” baja los diminutos telones de sus párpados y deja escapar arrullos de un subconsciente triste y enamorado, se engolosina en contrapuntos de súplica y es tal su arrobamiento que acaba por caerse de la percha, tal como un pequeño bulto con vida.

Mi amigo optó por separarlo, y es más, le puso compañera, tal vez la periquita de sus sueños y de sus arrumacos. Una princesita verde de ojos ardientes. Una princesa de seda, maja de la pechuga a los tarsos, airosa de la frente a la rabadilla y con un salero que se le escurre por la realeza de la cola . . .

Con piores de sorpresa la periquita contempló a “El Sincolo”; lo miró llena de susto; estiró el cuello para darse cuenta de qué cosa era aquel andrajo con pico.

"El Sincolo", en alarde de reflejos, batió los muñones que lleva por alas y el tono de su canto se volvió cálido, fuerte, eróticamente agresivo y empezó el asedio con un prólogo de súplicas y desdenes, de gorjeos sensuales y piquetes de rechazo. Para llegar a la dama, el inválido gasta pico y uñas; cada entrevista es un triunfo, pero también un desengaño. La periquita huye de aquel galán que cada vez le parece más feo y más obstinado.

El amor triunfa a la larga sobre lo feo y sobre lo pequeño. La periquita amó tiernamente al inválido, fue pastueña y dulce con el pobre desfiguro y escuchó con deleite el ahogado silabeo de su expresión amorosa... La periquita comprendió que en el físico estropeado de "El Sincolo" había una arpa de oro para cantarle ternuras...

El romance tuvo resolución de besos, cosquillas y de insinuantes devaneos. Con aleteos sensuales, la damita provoca a "El Sincolo", y el mutilado acude con dificultad. En el momento de la conjunción "El Sincolo" pierde el equilibrio y cae como un bulto que palpita y rueda sobre el piso de la jaula. La boda, la luna de miel, el holocausto no fueron posibles, y es que sin alas y sin cola, la biología de

la pasión es un mito. A fuerza de intentos frustrados, "El Sincolo" perdió la esperanza de ser inmortal y la pajarita se quedó con su gran amor, pero sin nido y sin pichones.

Mi viejo amigo cuyo nombre callo por no ser indiscreto y cuya edad no digo por cristiana piedad, me refiere conmovido que el amor es tragedia y maldice a los verdugos que con el poder de unas tijeras cortan para siempre los remos del vuelo, el timón de los rumbos infinitos y la trama misteriosa de las herencias.

Hace poco "El Sincolo" tuvo fiebre y murió convulsionado. Mi buen amigo me dice que murió por su pasión en desgracia. Yo no lo creo.

He visto otra vez a la princesita. La co-torrita es una extraña rosa en primavera. Hecha de seda verde, supo amar a tan fea criatura y todavía escurre, por la realeza de su cola, la gracia y salero incomparables de su palmito.

EL PALIACATE

En la Colonia, Jacinta pasa por una bella persona. A pesar de su genio endemoniado, de su cara fría y rugosa, que parece agrietada; a pesar de sus ojos abiertos, inquietos y sin expresión, y de su voz ronca, Jacinta es una persona singular. Es natural, Jacinta lleva una vida rutinaria, obscura, casi misteriosa.

*

En la Colonia, no cabe duda, viven gentes honestísimas, pero al lado de estas gentes que pudieran llamarse "garbanzos de a libra", abundan los maleantes, vagos que en cuanto llega la noche se preparan para asaltar algún corral, vecinas que traen la conducta en tela de juicio, borrachos y haraganes capaces de

hacer pompas con la abundante espuma de su procacidad. Y no faltan las mocitas que con ligereza de cascos prefieren los deslices y el ayuno con tal que en su cuerpo lleven tafeta y en la boca las llamitas de un lápiz labial.

*

Es natural que la vida rutinaria de Jacinta sea la nota apacible en el vecindario. El pasado de tan buena mujer se pierde en la turbia noche de las confusiones. Sólo está en ella y en su hogar el presente, porque Jacinta tiene hogar, un hogar de cuatro paredes de adobe al que concurren desde los costales de yute hasta las cajas de empaque; desde las láminas enmohecidas hasta los petates que alguna vez fueron lecho nupcial de pobre. Los desperdicios más disímbolos cubren los techos, las puertas, los claros y forman la cocina en una arquitectura de arrabal.

*

Es natural también que Jacinta tenga marido, Ponciano es su nombre, pero un hombre que a fuerza de años y de jaleo echó el busto y la espalda para adelante y hoy camina en posición oblicua y equilibra el peso de la caja

del cuerpo echando los brazos y las manos hacia atrás.

Este Ponciano no es mal parecido, y si tiene lo boca grande y despide hedores de establo, eso no le resta simpatía; tiene eso que a Jacinta le falta, buenos modales y no poca cortesía. Saluda a todo mundo y sin que nadie le pregunte externa expresiones barométricas: "¡Qué calorcito!, ¿cómo ve «la agüita»?", parece que se quiere venir, ¡válgame, Señor, qué seca!... ¿usted gusta?, vamos por aquí a cortar una alfalfita..." Y camina con la trayectoria del cuerpo que se doblega, con las manos echadas hacia atrás, asidos el cordel y una hoz que se curva en media luna y enseña los dientes amenazantes.

Jacinta y Ponciano viven de una vaca y de una becerrona primeriza. Para los dos con aquello basta. No hay hijos, ni los hubo; la infertilidad fue la mayor prenda de aquellos dos seres ruines. Una perra, "La Fiereza", media docena de gallinas búlicas, un gallo calzonudo y un gato canijo, completan aquello que no es dulce, pero al fin es hogar.

*

Estas vidas grises no se prestan a la mur-

muración y además son tan escuetas y tan frías que no se puede concebir el romance, ni el idilio, ni la tragedia, ni el dolor. Jacinta y Ponciano son el ejemplo más claro de la vida vegetativa en su más puro metabolismo. Sus palabras son pobres y corrientes, sus acciones son de una vulgaridad desesperante y hasta se llega a suponer que no concurren a misa por devoción; así de frías y de duras, más que la nieve, más que la roca.

*

Parece que Jacinta y Ponciano nunca vistieron de nuevo. Lo mismo el pantalón que la falda son mosaicos de remiendos, acrobacia de hilvanes y de costuras. Y es que Jacinta fue trapera y hurgó en los basureros la mayor parte de su vida. Entre un mar de basura encontró a Ponciano, y el amor floreció para ella en el mismo lugar, en el mismo sitio donde encontró el sustento. Ponciano era un vago, un vicioso, pero para Jacinta era un hombre y lo llevó a cuestas en cuerpo y alma; lo transformó y lo hizo a su modo y manera. Como regalo de bodas Jacinta puso al cuello de Ponciano un paliacate de seda, hallazgo de sus búsquedas y sus andanzas. Ponciano usa con cierta delicadeza la prenda, aunque la seda

cruje y chilla entre las berrugas del cuello, entre la maraña hirsuta de la barba, entre la burda solapa del chaquetón. Jacinta lava y asienta el paliacate que aún luce brillo y los exquisitos dibujos de su rancio decorado.

*

Jacinta y Ponciano son dos seres vulgares de quienes se dijera que no tienen historia ni pasado. Los años cubrieron de telarañas sus vidas y ya ni ellos mismos guardan la fecha de su nacimiento; la intemperie y el tiempo empañó de grises mohos el lejano cristal de sus vidas transparentes, y los dos, Jacinta y Ponciano, temen a Dios porque saben que la muerte está próxima y es tiempo de renunciar al pecado. Pero si Jacinta y Ponciano no tienen historia, el paliacate que Ponciano luce los domingos y fiestas de guardar sí que la tiene; en sus colores vivos hay el realismo de una tragedia y en sus complicados ornamentos la incógnita de la fatalidad.

Ponciano creyó que la mascada que por mucho tiempo le había librado del catarro era un simple y amoroso presente; creyó que en el color rojo de la mantilla estaba latente el fuego de aquellos besos sensuales y de aque-

llas caricias salvajes; y seguía creyendo que aquel paliacate era la tersa coyunda que le unía a Jacinta. Por eso nada le halagaba tanto como lucirla, y el paliacate era contraste de finura en medio de tanta grosería.

—¡Ay, Ponciano, qué cosa es lo bueno y cuánto dura! ¡Quién dijera que esta pañoleta tiene su cuento!...

—¿De qué chismes hablas, mujer?...

—Poco antes de conocerte, en diciembre, una mañana de niebla, bajé hasta los basureros del Tecuán.

—Buenos días, doña Chinta, me dijo la sirvienta de los señores Escudero.

—Buenos los tengas, Remedios, le contesté y me quedé pensando qué buscaría en aquellos lugares y a hora temprana. En el llano se alzaban los montones de basura que los carros habían dejado por la noche. Apreté el paso y a poco ya estaba pepenando con el gancho. Algo brillante me llamó la atención, un trapo de seda se movía y del trapo salieron berridos de criatura. En el paliacate, en ese mismo que llevas al cuello, estaba en-

vuelto el cuerpo de un niño tirado al arroyo. Pensé muchas cosas, tuve miedo, pero al fin me calmé; yo iba a mi negocio y no a apechugar los pecados ajenos. Más que el niño, me interesó la mascada y ya iba a jalarla cuando el niño rompió en llanto. Lo miré; te aseguro, Ponciano, que aquella criatura era un querubín, era como un Niño Dios de nacimiento; sus cabellos güeros y sus manitas regordetas eran de buena crianza. Claro que tuve lástima; pero al fin, haciendo de tripas corazón, le jalé la pañoleta y volví a la casa como si nada hubiera visto. Supe que los cerdos de doña Tacha habían despedazado a la criatura y por varios días anduvo la novedad del niño tragado por los animales. Ya no volví por aquellos lugares. No dejé de tener remordimiento.

—Lo hubieras recogido, mujer; hubieras hecho una buena obra de caridad.

—¿Tú crees que puede hacer caridades quien nada tiene ni nada vale?... Pero... ¡creo que tienes razón!... En fin, yo era muchacha entonces, y un niño ajeno... y la pobreza... y la crianza... no; no te creas, Ponciano, que es tan fácil hacer misericordias así como así... y luego tú, con tus modos, con tu vicio y tan atenido... Aunque ahora cai-

go en que los muchachos hacen falta; hacen ruido, chillan, pero alegran aunque riñan y pidan de comer.

Y Jacinta suspira y Ponciano sacude las manos, como si el suspiro fuera el invisible cadáver de una esperanza muerta, como si Ponciano, al sacudir las manos, arrojara el polvo de un último y definitivo imposible.

INDICE

PAGINA

Mi piano	5
Una fuente	10
Voces de la cocina	15
La feria	22
Una carreta	29
Maese Olegario	35
Coyonoxtle	41
La lechuza	51
El muñeco	58
El huizache	65
Una leyenda	73
La Señorita	80
La Mariposa y El Palomo	87
Coli	95
Un tipo raro	102
La Bicha	112

El Alabado	120
El domador	128
El Jefe Político	135
La Mojina	141
El Sincolo	148
El paliacate	154

EL SR. LIC. GUILLERMO MEDINA DE LOS SANTOS, RECTOR DE LA UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE SAN LUIS POTOSÍ, ORDENÓ LA PUBLICACIÓN DE ESTE LIBRO A LA EDITORIAL UNIVERSITARIA POTOSINA, QUE DIRIGE EL LIC. JESÚS MEDINA ROMERO. LA EDICIÓN, CONCLUIDA EL 28 DE SEPTIEMBRE DE 1965. ESTUVO AL CUIDADO DEL DIRECTOR Y DE ABEL B. COLUNGA.

der mirarlas desde afuera. De allí nace la concreción de su mundo sustantivo, de allí provienen la fuerza y objetividad de sus Relatos.

No gusta la prosa de Alderete de sugerencias y rodeos; va directamente al asunto, en expresiones claras y sintéticas. Estos dos atributos, la claridad y el poder de síntesis, la libran de la vetustez y del cansancio que se respiran en la obra de tantos escritores pro-vectos, y le comunican el verdor y la celeridad de lo vivo, de lo actual.

No sobran palabras en los escritos de este autor, pero tampoco faltan. Prosista del Altiplano, escritor de intemperie, sus Vidas ajenas tienen la reciedumbre de los frutos silvestres y son, en su justa y cabal arquitectura, manifestaciones de la realidad cotidiana.

JESÚS MEDINA ROMERO